

Cuentos

A girl with a large orange face and dark hair is shown upside down. She is holding a small grey bird in her hands.

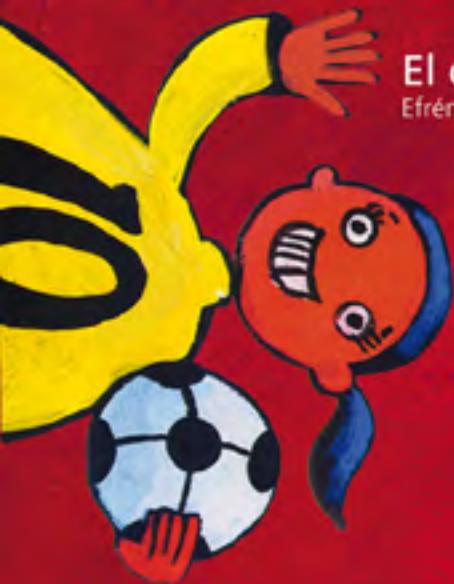
Imaginación en peligro

Arandi Canek Castillo Páramo

A girl with a large orange face and blue hair is shown upside down. She has red wings with white star patterns.

Cara de payaso

Gilberto Hernández García

A girl with a large orange face and blue hair is shown upside down. She is wearing a yellow shirt with a black '0' and holding a soccer ball.

El día del partido

Efrén Arellano Trejo

A boy with a large orange face and blue hair is shown upside down. He is wearing an orange sweater and holding a trophy.

El pequeño demócrata

Tere de las Casas

A boy with a large orange face and blue hair is shown upside down. He is wearing a red shirt with the number '10' and holding a flag that says 'DEMOCRACIA'.

El trofeo

Rodolfo Sigfrido Carro Peña



INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: JAVIER SANTIAGO CASTILLO
Consejeros electorales: BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO
MARÍA ELENA HOMS TIRADO
EDUARDO R. HUCHIM MAY
RUBÉN LARA LEÓN
ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA

Secretario ejecutivo: ADOLFO RIVA PALACIO NERI

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: ERNESTO HERRERA TOVAR
Suplente: RAÚL HERRERA ESPINOSA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: JUAN MANUEL VICARIO ROSAS

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: JUAN GONZÁLEZ ROMERO
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADRIÁN PEDRO CORTES

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: JORGE LEGORRETA ORDORICA
Suplente: ZULY FERIA VALENCIA

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: JESÚS ENRIQUE DÍAZ INFANTE CHAPA
Suplente: MIGUEL ÁNGEL ARNAIZ MANCEBO DEL CASTILLO

PARTIDO ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: CARLA ALEJANDRA SANCHEZARMAS GARCÍA
Suplente: SALVADOR GONZÁLEZ BRISEÑO

5



5^{to} CONCURSO
DE TESIS, ENSAYO Y CUENTO
2 0 0 5

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral ROSA MARÍA MIRÓN LINCE

INTEGRANTES

Consejero electoral BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Consejera electoral MARÍA ELENA HOMS TIRADO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

YOLANDA LEÓN MANRÍQUEZ, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Iburguren, técnica especializada "A"

Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción

Ilustrador: Alfredo Aguirre

Autores: Teresa de las Casas Mariaca, Arandi Canek Castillo Páramo, Gilberto Hernández García, Efrén Arellano Trejo y Rodolfo Sigfrido Carro Peña

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

1ra. edición, noviembre de 2005

ISBN: 970-786-000-6

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-88-5

A girl with a large orange face and blue hair is shown upside down, holding a grey bird. The bird is perched on the letter 'C' of the word 'Cuentos'.

Cuentos

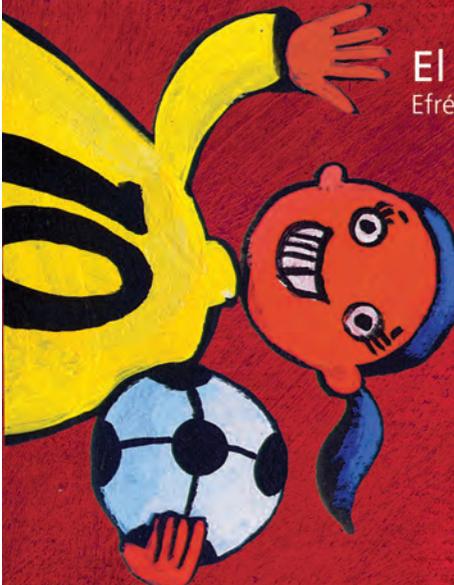
Imaginación en peligro

Arandi Canek Castillo Páramo

A girl with a large orange face, blue hair, and a red dress with white snowflakes is shown upside down.

Cara de payaso

Gilberto Hernández García

A girl with a large orange face, blue hair, and a yellow shirt with a black '0' is shown upside down, holding a soccer ball.

El día del partido

Efrén Arellano Trejo

A boy with a large orange face and blue hair is shown upside down, holding a trophy.

El pequeño demócrata

Tere de las Casas

A boy with a large orange face and blue hair is shown upside down, holding a flag that says 'DEMOCRACIA'.

El trofeo

Rodolfo Sigfrido Carro Peña

El pequeño demócrata9

Imaginación en peligro43

Cara de payaso63

El día del partido91

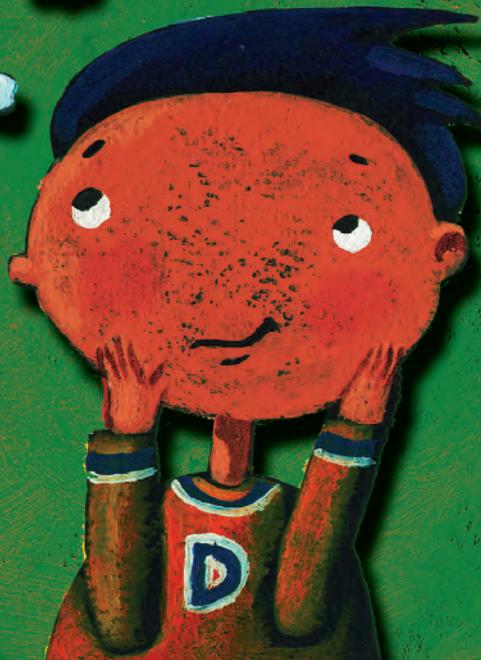
El trofeo115

El pequeño demócrata

Tere de las Casas

Yo creía que la democracia era algo
muy sencillo: se toman en cuenta
las opiniones y los deseos de todos

y nadie queda a disgusto. Voy a contarte cómo
aprendí que la cosa no es tan simple:



Junto a nuestra primaria hay una casa muy grande y bonita, que pertenecía a don Anselmo, un señor muy viejito, que nos trataba con mucho cariño. El día que nos enteramos de su muerte, nos pusimos muy tristes.

Poco después, el director de la escuela nos reunió en el patio y nos dijo: —Don Anselmo nos heredó su casa. Los maestros y yo queremos que la aprovechen en las tardes, con alguna actividad deportiva o artística, pero, como no nos ponemos de acuerdo, serán ustedes los que lo decidan. Para ello, deberán organizar una votación, en la que elegirán,



de entre las siguientes cinco opciones, en qué quieren que convirtamos la casa:

1) Un teatro, donde se darán clases de arte dramático y se presentarán obras de ustedes y de actores profesionales

2) Una escuela de música y danza

3) Un gimnasio

4) Una escuela de cocina y repostería

5) Una escuela de artes plásticas

Vendrán asesores del Instituto Electoral del Distrito Federal (IEDF) a explicarles cómo se organiza una votación. Nosotros también los apoyaremos, pero el trabajo tienen que hacerlo ustedes.

Todos nos emocionamos mucho, porque a los niños nos encanta jugar a que somos grandes, y ésta era una oportunidad única para sentirnos adultos.

Esa misma semana brincábamos de gusto, porque nos visitaron unos funcionarios del IEDF y ¡nos trataron como a los grandes! Jamás habíamos sentido que se nos tomara tan en serio. ¡No era un simple juego!

Cuando entendimos bien cómo hacer el trabajo, el director ordenó que, todos los días, los maestros nos

dejaran solos media hora, para que organizáramos la votación, pero nos la pasábamos peleando.

En la primera reunión de mi grupo, Sergio se paró al frente. A todos nos caía gordísimo, y no porque le tuviéramos envidia por sus excelentes calificaciones, como él pensaba, sino porque era insoportable. Se creía superior y nos miraba para abajo, a pesar de que está bien chaparro. Pero no nos quedó más remedio que dejarlo hablar.

—Compañeros —dijo— yo creo que sólo debemos votar los que tenemos un promedio superior a ocho.

Protestamos a gritos, y él esperó a que nos calláramos, para continuar:

—No se enojen. Entiendan que un niño que no es capaz de sacar una buena calificación, no tiene la suficiente inteligencia para tomar una decisión correcta. Deben dejarnos a nosotros la elección, porque los aplicados sí sabemos qué es lo que más nos conviene a todos.



Nos quedamos con los ojos cuadrados. No podíamos creer lo que habíamos escuchado. O sea que, según Sergio, los que teníamos calificaciones regulares o de plano malas, éramos inferiores y, por tanto, no merecíamos los mismos derechos que los aplicados.

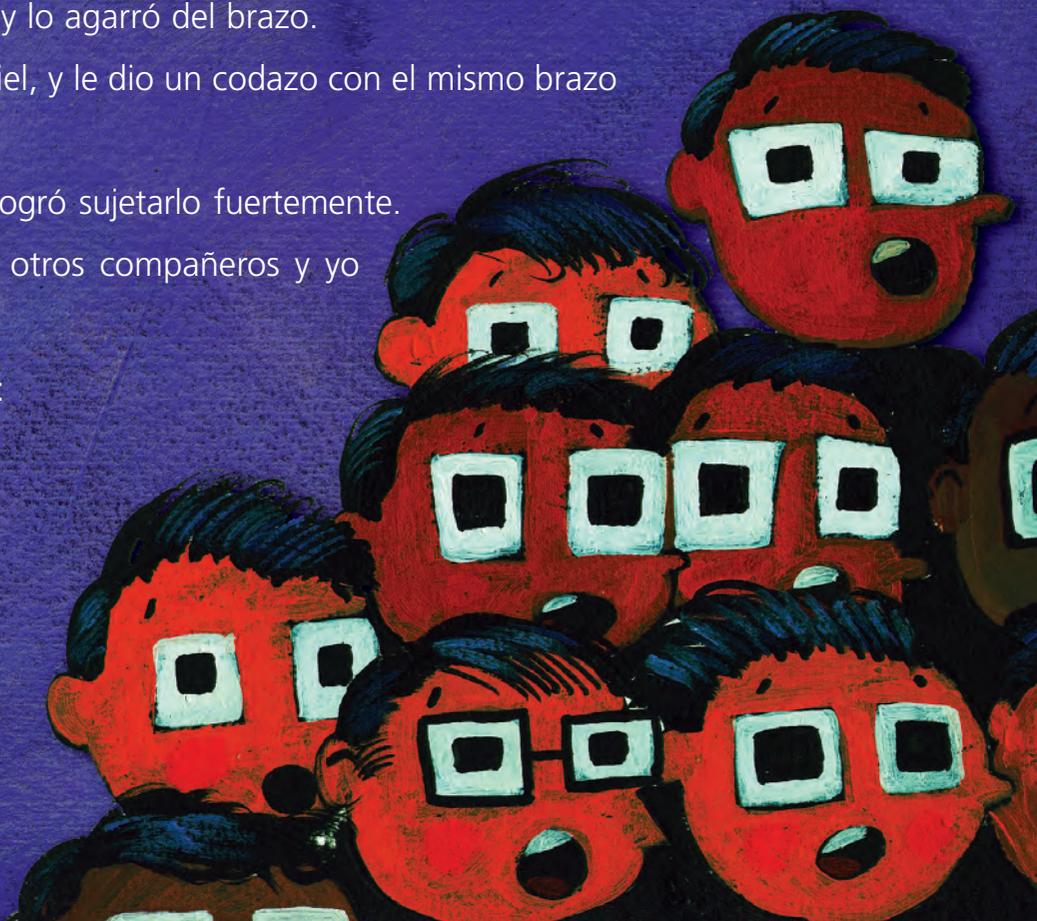
Nos sacó tanto de onda que, por un momento, nadie hizo ni dijo nada. El primero en reaccionar fue Daniel, un niño que siempre pasa de panzazo. Se paró furioso y caminó hacia Sergio, con una actitud tan amenazadora, que el que se creía superior se puso pálido. Pepe y Carlos corrieron a detenerlo.

—¡Cálmate! —le dijo Pepe, y lo agarró del brazo.

—¡Suéltame! —le gritó Daniel, y le dio un codazo con el mismo brazo que le estaba agarrando.

Pepe lo soltó, pero Carlos logró sujetarlo fuertemente. Daniel se agitaba tanto, que otros compañeros y yo nos paramos a ayudarlo.

Daniel se puso más furioso:



—¡Déjenme en paz! —gritaba—. ¡Le voy a dar una paliza a este presumido, para que se le bajen los humos!

Hicimos tanto escándalo, que el maestro entró rápidamente al salón.

—¡Qué pasa, muchachos! ¿Por qué pelean?

Los que estábamos deteniendo a Daniel, pensamos que la presencia del maestro lo iba a calmar y lo soltamos, pero, rojo de coraje, se le fue encima a Sergio.

Nunca nos imaginamos que ese niño tan creído no pudiera defenderse. En vez de responder a los golpes, chillaba y se tapaba la cara con las manos. Nosotros teníamos que aguantarnos la risa.

Daniel no le hizo caso al maestro, que le ordenaba a gritos que se calmara, y finalmente tuvo que separarlo del pobre Sergio, que quedó muy golpeado.

Mariana lo llevó a la enfermería.

Antes de regañar a Daniel, el maestro le dio la oportunidad de explicarle lo que había pasado.

Después de escucharlo, el profesor le dijo:

—Sergio está equivocado, su actitud es absolutamente antidemocrática. Pero tú también hiciste mal, Daniel. Los derechos no se defienden con violencia. Todas las diferencias deben resolverse de manera pacífica y civilizada. Vamos a esperar a que regrese Sergio, para que hablemos

16 de lo ocurrido. Mientras tanto, empecemos con la siguiente lección.

Al rato llegaron Sergio y Mariana. Él estaba muy golpeado, pero parecía mucho más lastimado en su orgullo.

La lección se interrumpió y el maestro dijo:

—Lamento mucho lo que te pasó, Sergio, ¿estás bien?

Él asintió con la cabeza y se quedó callado. Nuestras miradas lo incomodaban mucho. Se sentía tan humillado, que quería desaparecer. Estoy seguro de que deseaba que nos olvidáramos de lo que había pasado y que continuara la clase, pero el maestro explicó:



—En muchas épocas y lugares del mundo ha habido sociedades divididas en clases dominantes y clases dominadas. A pesar de que las dominantes siempre han sido una minoría, éstas han tomado todas las decisiones, sin importarles los intereses de la mayoría. En los países democráticos, como el nuestro, no existen clases dominantes, porque todos, absolutamente todos los ciudadanos, sin distinción de ningún tipo, tienen el derecho de participar en las decisiones, por medio de su voto. Los seres humanos somos diferentes unos de otros, porque cada uno tiene sus características propias, pero todos somos iguales en derechos. También somos iguales en calidad. ¡No existen personas superiores a otras! Nada hace superior a nadie, no importa si uno es más bonito, más aplicado, más simpático, más rico o más lo que sea. ¡Todos, niños, todos somos iguales!

Sergio se puso rojo rojo. El maestro sintió pena por él y le dijo:



—Llama a tu mamá, para que venga por ti. Es mejor que te vayas a descansar.

Él recogió sus cosas y salió del salón, sin decir una sola palabra.

La explicación del maestro nos ayudó a revalorarnos, porque nos dimos cuenta de que todos y cada uno de nosotros somos importantes y merecemos que nuestras opiniones y decisiones se tomen en cuenta.

La clase siguió como si nada hubiera pasado, pero había sucedido algo muy importante, algo que nunca olvidaríamos y nos serviría para toda la vida.

Pasó el tiempo y las reuniones de grupo seguían siendo inútiles. En todos los salones había pleitos, conflictos y discusiones a diario.

Un niño de cuarto propuso que les pidiéramos a los maestros que nos organizaran, y eso fue en lo único en que la mayoría estuvo de acuerdo. Al día siguiente de que se hizo la petición, el director nos reunió en el patio y dijo:

—Así que no pueden organizarse solos y necesitan nuestra ayuda. Pues entonces, ¿para qué se hace la votación? Los maestros también podemos elegir la actividad más conveniente.

Se oyeron gritos de protesta.

—¡Ah! —exclamó el director—. O sea que quieren ser democráticos sólo cuando les convenga y no tengan que hacer ningún esfuerzo. ¡Qué fácil!



Pues si así se van a comportar cuando sean grandes, espero estar muerto para entonces, porque su indolencia va a provocar el establecimiento de una dictadura. ¿Saben qué es un dictador, niños? ¿Tienen idea de lo terrible que será para ustedes no tener el derecho de elegir a sus gobernantes? ¿Se imaginan una sociedad en la que unos pocos toman las decisiones de la mayoría,



sólo porque esa mayoría es tan desordenada que no puede organizarse sola? Pues, si ustedes deciden eso, después no se quejen.

El director se quedó callado unos segundos y luego nos ordenó regresar a nuestros salones.

Creímos que ya no se celebraría la votación, así que nos pusimos muy contentos cuando el maestro interrumpió la clase y nos dejó solos, para que tuviéramos nuestra reunión. Ese día hubo un acuerdo unánime en todos los salones: pediríamos al director que nos diera otra oportunidad.

Además de dárnosla, nos felicitó por haber recapitado.

A partir de entonces, nos organizamos tan bien que nos sorprendimos de nuestra capacidad para hacerlo. Con la ayuda de los maestros, aprendimos que la mejor manera de organizarse es aprovechar las capacidades de cada uno.

Así, los que eran buenos líderes, nos dirigieron; los que tenían habilidades manuales, fabricaron las urnas y las mamparas para votar; los que eran más ordenados, llevaron el registro del trabajo; a los que les gus-

taba el papeleo, se les pidió que hicieran las boletas; los que eran muy observadores fueron nombrados inspectores, para que vigilaran que todo el proceso fuera realmente democrático.

Para elegir a los funcionarios de casilla, una niña se puso a nombrar mentalmente todos los meses del año, y cuando terminaba, volvía a empezar. Otra niña la detuvo diciendo:

—¡Basta!

—Enero —dijo la primera niña.

Entonces, los funcionarios de casilla se eligieron entre los que habían nacido ese mes.

Íbamos a poner seis casillas, una para cada año, pero después pensamos que el voto perdería un poco su característica de secreto, porque era probable que los niños de determinada edad tuvieran preferencia por una actividad y los niños más grandes o más chicos se inclinaban por otra. Así que decidimos abrir las seis casillas, pero cada uno podría votar en la que quisiera.

Los del IEDF entrenaron a los funcionarios de casilla, y después estos niños nos explicaron a los demás cómo debía celebrarse la votación.





Obviamente, se permitió hacer campaña. Los maestros nos enseñaron que el proselitismo es el esfuerzo que se hace para convencer a los demás de nuestras ideas y opiniones.

Se formaron cinco partidos, uno para cada una de las actividades por las que teníamos que votar.

Algunos niños y niñas demostraron una capacidad admirable para hacer proselitismo de modo muy creativo. Las campañas se hacían en el recreo y a la hora de la salida, y parecía que teníamos festivales todos los días, porque los que estaban a favor de la escuela de música y danza bailaban, cantaban y tocaban instrumentos; los que querían el gimnasio hacían demostraciones de karate, levantamiento de pesas y ejercicios aeróbicos; los que se inclinaban por la cocina y repostería nos ofrecían pasteles, postres y platillos muy sabrosos; los que deseaban ser actores representaban obras de tea-

tro; los que preferían la escuela de artes plásticas hacían dibujos, pinturas y esculturas.

En toda la escuela se pegaron cartelones de propaganda, con diferentes dibujos, como un pastel, unas enchiladas, un niño levantando pesas, una niña bailando, un niño y una niña tocando el piano a cuatro manos, un grupo de niños y niñas representando una obra o una escultura de un artista famoso. Todos estos dibujos estaban tachados, y al lado de cada uno decía: VOTA ASÍ

El proselitismo no sólo se hizo representando lo que cada uno quería aprender en la nueva escuela. Algunos preferían hablar para convencer, y no fueron pocos los que se llevaron aplausos por sus discursos, tan elocuentes que convencieron a muchos de los que estaban indecisos.

Pero también hubo apáticos e indiferentes, a quienes no les interesaba nada. Cuando alguien les preguntaba por qué iban a votar, se encogían de hombros o decían una babosada, como:

—Por Mickey Mouse. No, mejor por Caperucita Roja.

En la escuela y en nuestra vida estaba pasando algo muy importante y ellos parecían no darse cuenta.

Pero afortunadamente eran pocos y casi todos participamos con mucho entusiasmo. Estábamos muy emocionados, lo que mejor nos hacía sentir era el respeto de nuestros padres, maestros y otros adultos cono-

24 cidos. A los niños nos molesta mucho que los grandes nos traten como

si creyeran que somos tontos. Cuando un señor o una señora conoce a un niño, siempre le pregunta: ¿Cómo te llamas? ¿Qué edad tienes? ¿En qué año vas? ¿Tienes hermanitos?

Eso nos cae muy mal, porque hay muchas otras cosas de las que podemos hablar. Y la votación que iba a celebrarse en la escuela nos dio la oportunidad de ser tratados con más respeto por los adultos, porque ahora nos preguntaban: ¿Cómo va la campaña? ¿Por qué vas a votar?

¿De qué manera estás participando? ¿Cuál será tu responsabilidad durante la votación?



Un día que mi tío estaba de visita en casa, me preguntó:

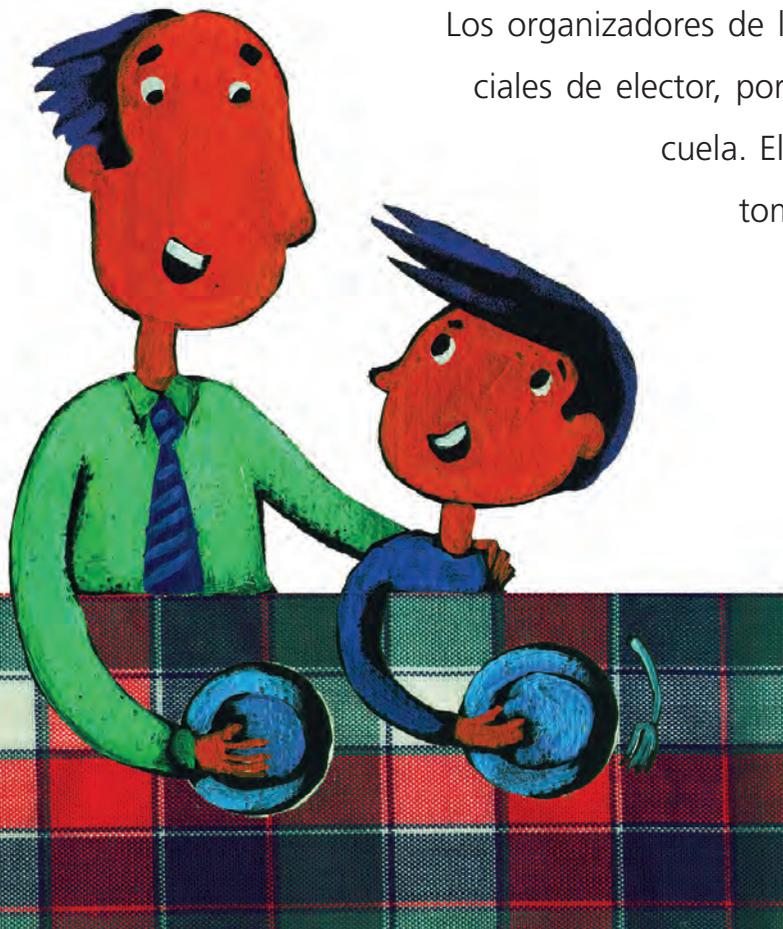
—¿Qué opinas de la democracia?

¡Me puse contentísimo!, porque era la primera vez que alguien me hacía una pregunta tan importante, y como ya tenía una opinión de la democracia, no tan sólo le contesté, sino que pude sostener una conversación sobre el tema.

Mi tío se quedó encantado, me dio una palmadita y me llamó “mi pequeño demócrata”, pero ya no era tan pequeño: ese día crecí varios centímetros.

Los organizadores de la votación solicitaron al IEDF credenciales de elector, porque no queríamos usar las de la escuela. El IEDF aceptó la petición y, ¡todos nos tomamos la foto! Nos hicieron unas credenciales muy bonitas, con nuestro nombre y el año que estábamos cursando.

En esa época, el maestro decidió pasar a Sergio a sexto, porque ya sabía todo lo que íbamos a aprender en quinto. Nos dolió perderlo como compañero, pues había cambiado y empezábamos a quererlo.



Un día, Rosita, que estaba en un salón junto al mío, se lo encontró en el recreo y le preguntó por qué ya no lo veía en el pasillo, y él le contestó que lo habían pasado a la planta alta, donde estaban los de sexto. Entonces ella le dijo algo que nos hizo mucha gracia:

—Aunque no quieras avisarle a todos que ya te cambiaste de salón, es muy importante que le avises, por lo menos, al IFE.

A veces, el director nos permitía usar el podio donde él y los maestros hablaban cuando nos reunían en el patio. Yo siempre admiré a los niños y las niñas valientes que se atrevían a hablar delante de todos.

Una vez, subió un niño de cuarto a exigir que se prohibiera la votación a los de sexto, porque ya iban a acabar la primaria.

Los de sexto y muchos más lo abuchearon, le chiflaron y le gritaron cosas. Entonces una niña bien chiquita, que apenas iba en segundo, subió al podio y dijo:



—Mi bisabuelito tiene casi 90 años y está muy enfermo. El doctor dice que le queda muy poco tiempo de vida, y los del IFE no le han quitado su credencial de elector. Si no se muere antes de las elecciones, va a votar, porque, mientras esté vivo, tiene los mismos derechos que todos.

Después que la aplaudimos, subió otra niña más grande y dijo:

—Ella tiene razón, porque su bisabuelito no sólo va a votar por él, sino por la sociedad que quiere dejarle a sus descendientes. Es lo mismo

para los de sexto: no sólo van a votar para su beneficio, sino para el de nosotros y el de los niños que lleguen cuando ellos se vayan.

También ella se llevó muchos aplausos.

Aunque estábamos contentos y emocionados, hubo muchos conflictos durante la campaña. Raúl, mi mejor amigo, estaba muy enojado conmigo, porque yo iba a votar por el gimnasio y él quería que votara por el teatro. En una discusión muy fuerte, acabamos peleando a golpes y nos dejamos



de hablar tres semanas. Afortunadamente, poco antes del día de la votación, nos reconciamos.

Los inspectores descubrieron a algunos niños y niñas que trataban de sobornar a otros, con regalos, un refresco o cualquier otra cosa. El castigo para los sobornadores y los que aceptaban el soborno era quitarles su credencial.

Uno de estos casos fue el de un niño de tercero que le dijo a otro:

—Oye, Alejandro dice que si voto por la escuela de música, me hace las tareas toda la semana. Pero yo quiero votar por el gimnasio. ¿Qué hago?

Y su amigo le contestó:

—Tú dile que sí, para que te haga las tareas, y vota por lo que quieras, al fin que no se va a dar cuenta. El voto es secreto.

El sobornador, el que pidió el consejo y el que lo dio, fueron castigados.

A un chiquito de primer año también le quitaron su credencial, porque había una niña que le gustaba mucho, y todos los días le regalaba una paleta, pero una vez se la dio con la condición de que votara por



la escuela de artes plásticas, y la niña quería la de cocina y repostería.

El pobrecito no dejaba de llorar, cuando los inspectores le exigieron que les entregara su credencial. Ni siquiera sabía qué quería decir sobornar. Ellos se lo explicaron y él empezó a gritar:

—¡Yo no *soboné*, yo no *soboné*!

Cuando llegó su mamá se echó a sus brazos y, sin dejar de chillar, le dijo angustiada:

—Mamá, ¡me quitaron mi credencial!, díles que yo no soy un *sobonador*.

La señora fue a hablar con el director, pero él no pudo ayudarla.

—Discúlpeme, le dijo. Éste es un asunto de los niños y las niñas. Los maestros no podemos intervenir.

Entonces trató de convencer a Ricardo, el jefe de los inspectores, de que le devolviera la credencial, y él replicó:

—Señora, a todos los niños se les advirtió que está prohibido el soborno.



—Es un chiquito, insistió ella. Ni siquiera puede pronunciar la palabra.

—Pero qué bien soborna –respondió el inspector.

—Por favor –suplicó la mamá.

—Perdón, señora, pero no podemos hacer excepciones.

Ricardo se quedó muy sacado de onda y me comentó:

—Me dio mucha lástima el pobre chavito. También sentí feo por la mamá. No sabes cuánto trabajo me costó mantenerme firme. Estuve a punto de devolverle la credencial.

No todos los que querían salirse con la suya intentaban el soborno, algunos eran más agresivos. Una niña denunció a un niño que la amenazó con estas palabras:

—Si no votas por el gimnasio, vas a ver lo que te va a pasar.

Lucía, una de las dirigentes, estaba muy preocupada, y subió al podio para decir:

—Niños y niñas, si no aprendemos a ser tolerantes y respetuosos desde ahora, vamos a sufrir mucho cuando seamos grandes. Porque las cosas no siempre son como queremos, y no nos podemos pasar toda la vida haciendo berrinches o cometiendo ilícitos para conseguir lo que nos da la gana. No todos ganaremos en esta votación y tenemos que prepararnos para perder.



Poco antes de la votación, tuvimos que buscar nuestro nombre en las listas. Fue una experiencia muy emocionante.

Veinticuatro horas antes de la votación terminó la campaña y quitamos todos los carteles de propaganda. A partir de ese momento, quedó absolutamente prohibido hacer cualquier clase de proselitismo.

El día de la votación fue una gran fiesta para casi todos, digo casi, porque ya he hablado de los apáticos. La emoción se sentía en el ambiente. Mientras hacíamos cola para votar, nos reíamos nerviosamente y poníamos chonguitos, pero no decíamos nada que pudiera parecer proselitismo.

Cuando me tocó mi turno, me sudaron las manos y me puse tan nervioso, que tuve que respirar profundamente. Entregué mi credencial, el funcionario buscó mi nombre en la lista y le puso una marca. Después me dio una boleta con seis opciones, dispuestas de esta manera:

Teatro

Escuela de Música y Danza

Gimnasio

Escuela de Cocina y Repostería

Escuela de Artes Plásticas

Otras actividades

En la última opción, los que no estuvieran de acuerdo con ninguna de las cinco actividades propuestas, debían escribir la que querían.

No tengo palabras para expresar la emoción que sentí al meterme a la mampara. ¡Por primera vez en mi vida estaba participando en un proceso electoral! Tuve que volver a respirar profundamente, para tranquilizarme un poco. Tomé el crayón y crucé la palabra Gimnasio.

Cuando salí, volví a sentirme importante, porque me pusieron líquido indeleble en el dedo.

Después de votar, todos andábamos dando vueltas por la escuela, enseñando orgullosamente el dedo pulgar.

A pesar de que era un derecho de todos, cada uno era único, porque su opinión se tomaría en cuenta.



Los abstencionistas nos daban lástima. Fueron a la escuela, porque era un día hábil, pero, como no había clases, estaban aburridos y se sentían fuera de lugar.

Hubo un solo intento de fraude: un niño, que trató de pasarse de listo, se puso un *diurex* transparente en el dedo pulgar. Su idea era quitárselo después de votar, ponerse uno nuevo y hacer lo mismo otras cinco veces, para poder votar en todas las casillas. Pero, cuando le pusieron el líquido indeleble, el *diurex* no lo absorbió, el funcionario volvió a intentarlo y se dio cuenta de que algo le brillaba en el dedo. No se pudo anular su voto, porque ya estaba en la urna. Los inspectores no habían pensado que podía haber fraudes o intentos de fraude, y no supieron cómo castigar ese delito electoral. Pero el niño se puso una quemadota en la escuela. Hasta la fecha lo llamamos El Fraudulento. Creo que los inspectores no pudieron pensar en un castigo peor.

Mientras se hacía el conteo de los votos, los maestros nos dieron permiso de jugar y escuchar música. Las mamás llevaron aguas frescas y unos guisados riquísimos para que nos hiciéramos tacos.

Por fin, los funcionarios pusieron un cartel en cada casilla, con el resultado. Después, los dirigentes hicieron el conteo final y ganaron los que votaron por la Escuela de Música y Danza.

Por supuesto que los triunfadores se pusieron felices. Gritaron, brincaron, se abrazaron y, claro, como eran de naturaleza musical, bailaron y cantaron.



Pero los demás nos sentimos de la patada. ¡Y éramos la mayoría!, porque todos juntos formábamos un grupo mucho más grande que los que ganaron. Eso fue lo que más frustración nos causó. Tuvimos nuestras dudas sobre la efectividad de la democracia, y yo me preguntaba, bien sacado de onda:

—Pues, ¿no se supone que la democracia sirve para que la mayoría esté contenta? ¡Y ahora resulta que la mayoría está decepcionada!

Como ahí estaban nuestras mamás, los perdedores más pacíficos les pedimos que nos llevaran a nuestra casa. Pero los más agresivos se quedaron a fastidiar a los ganadores.

Una niña estaba tan furiosa que hizo una pataleta y, chillando, le pidió a su mamá:

—¡Cámbiame de escuela! ¡Ya no quiero estudiar aquí!

Los que ganaron se quedaron en la escuela hasta alrededor de las cuatro de la tarde, cantando,



bailando y pronunciando discursos. Algunos no tuvieron suficiente, e invitaron a sus amigos a su casa, para seguir divirtiéndose.

Yo tenía ganas de llorar. Mamá no pudo hacer nada para consolarme. Cuando llegó papá, quiso hablar conmigo, pero yo me encerré en mi cuarto y ya no salí, ni para cenar. Igual que la niña que hizo el berrinche, no quería regresar para nada a la escuela. Tenía mucho coraje, ¡jodié la democracia!

Le di una patadota a la pared y grité:

—¡Son unos idiotas los niños que quieren ser músicos o bailarines! ¿Para qué necesitan estudiar música, si ya son bien músicos? ¡Nunca voy a ir a verlos! ¡Guácala! Mejor me quedo en la casa viendo una película de monstruos, o voy al zoológico a ver los changos.

Al día siguiente, la escuela parecía un velatorio. Los que perdimos estábamos tristes o de malas, y los que ganaron tenían pena de demostrar su alegría, aunque no pudieron evitar que se les viera la felicidad en los ojos, que les brillaban como estrellas.

Dos niñas de cuarto, que habían sido amigas desde el jardín de niños, se dejaron de hablar, y otras amistades también se acabaron.



Yo me acordé del discurso de Lucía, cuando nos dijo que las cosas no siempre son como queremos, y que no podíamos pasarnos toda la vida haciendo berinches o cometiendo ilícitos para conseguir lo que nos diera la gana. Que no todos íbamos a ganar y teníamos que prepararnos para perder.

El día en que nos lo dijo, todos estuvimos de acuerdo, pero ninguno de nosotros, que yo sepa, se preparó para perder. Además, ¿cómo se prepara uno para perder?

Lucía también nos habló de que debíamos aprender a ser respetuosos y tolerantes, pero, ¡qué difícil es respetar y tolerar a los demás, cuando sus decisiones nos perjudican o no nos gustan!

Poco a poco, fuimos resignándonos, a unos les tomó más tiempo que a otros, pero no todos lo lograron. Algunos de los amigos que se pelearon, se reconciliaron, y otros siguieron muy enojados.

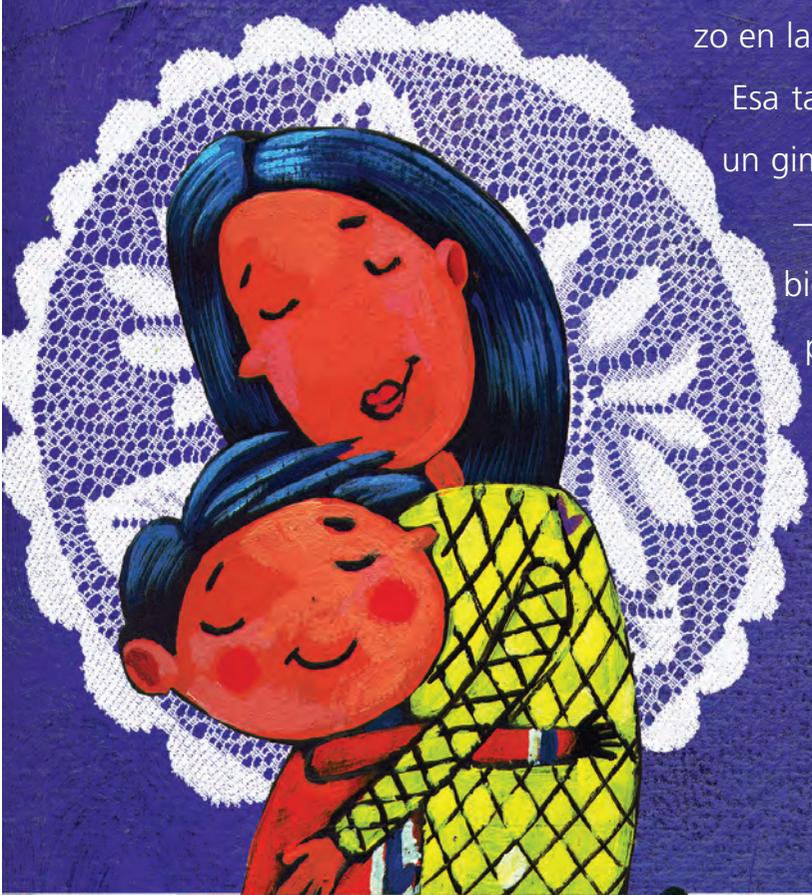
Creo que la experiencia democrática fue mucho más provechosa para los que perdimos que para los que ganaron, pues aprendimos que la democracia no es que todos voten por lo que uno quiere, pero el vo-

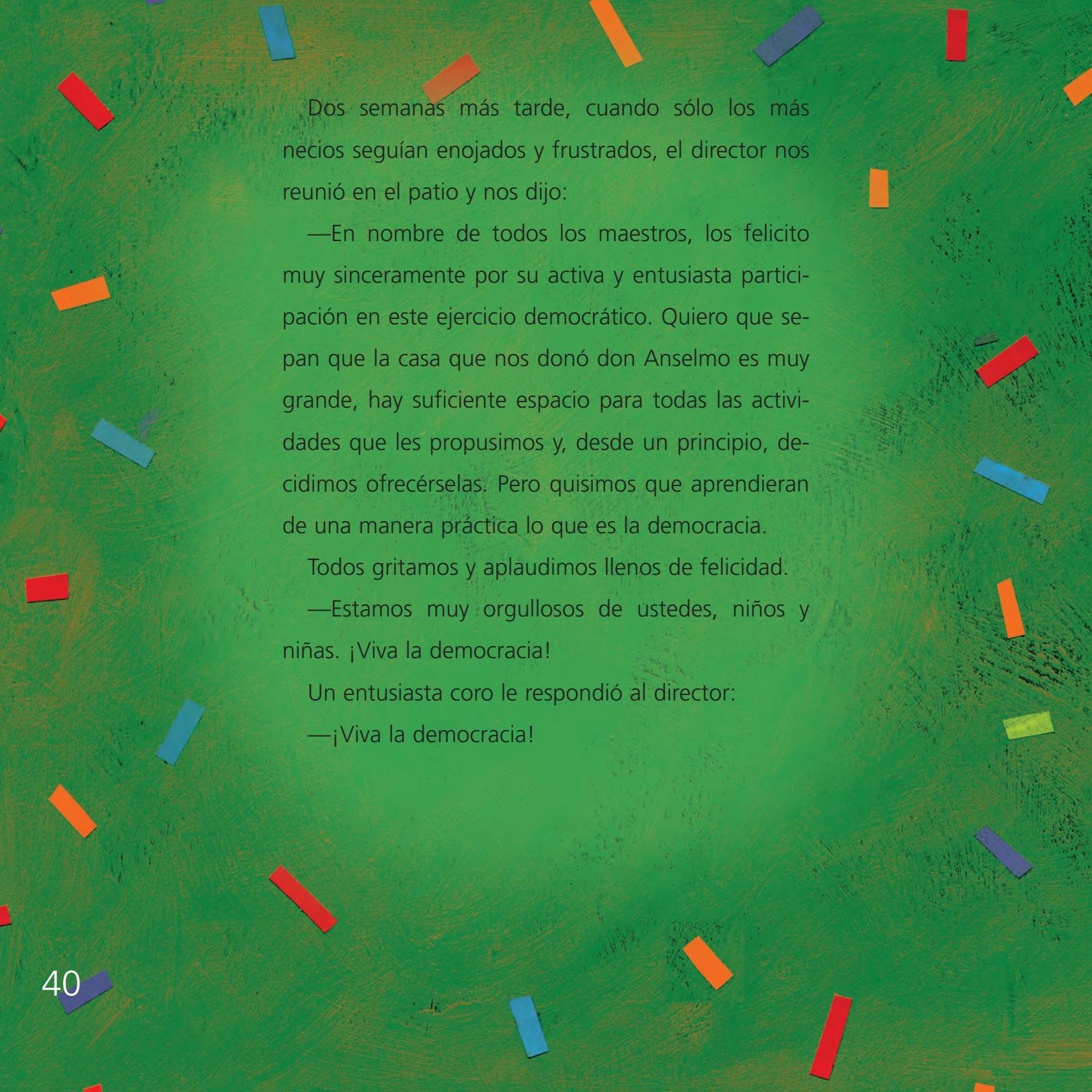
to de uno les sirve a todos, y también ganamos los que perdemos, porque, con la democracia, se evitan las dictaduras y no hay clases dominantes. También aprendimos que, para tener más probabilidades de triunfo en las urnas, hay que hacer un mayor esfuerzo en la campaña.

Esa tarde, mamá me dijo que iba a inscribirme en un gimnasio y yo le contesté:

—No, mamá, gracias. Pero quiero prepararme bien para cuando llegue a la edad de votar, porque, si pierde mi candidato, no habrá premios de consolación, lo único que me consolará será saber que se tomó en cuenta la voluntad de todos.

Mamá se emocionó mucho, dijo que estaba orgullosa de mí y me abrazó.





Dos semanas más tarde, cuando sólo los más necios seguían enojados y frustrados, el director nos reunió en el patio y nos dijo:

—En nombre de todos los maestros, los felicito muy sinceramente por su activa y entusiasta participación en este ejercicio democrático. Quiero que sepan que la casa que nos donó don Anselmo es muy grande, hay suficiente espacio para todas las actividades que les propusimos y, desde un principio, decidimos ofrecérselas. Pero quisimos que aprendieran de una manera práctica lo que es la democracia.

Todos gritamos y aplaudimos llenos de felicidad.

—Estamos muy orgullosos de ustedes, niños y niñas. ¡Viva la democracia!

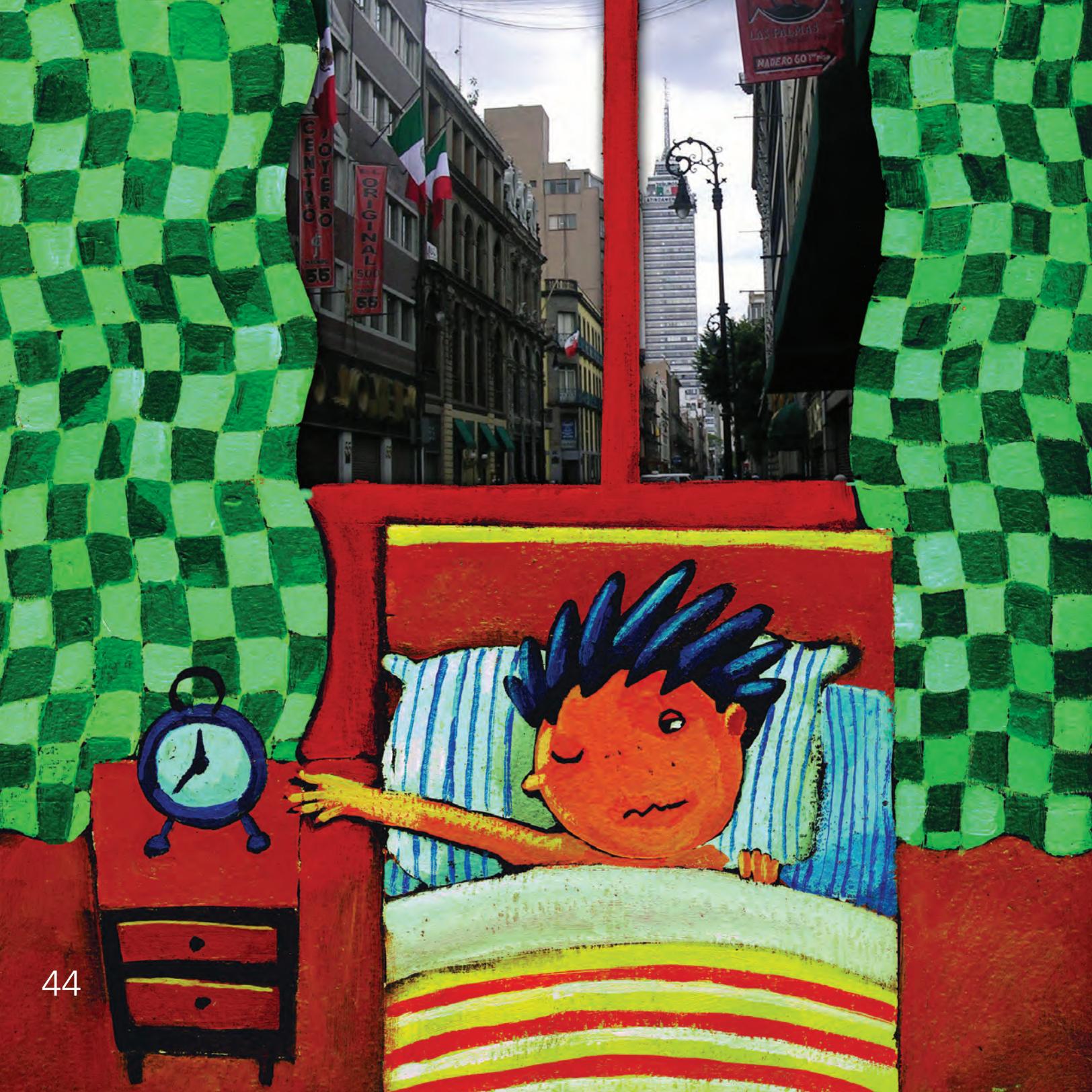
Un entusiasta coro le respondió al director:

—¡Viva la democracia!



Imaginación en peligro

Arandi Canek Castillo Páramo



Ya habían pasado las 7:00 a.m. cuando Fernando se despertó para ir a la escuela. Ese día estaba contento, ya que

la maestra Raquel les había dejado de tarea de fin de semana que buscaran uno de sus juguetes favoritos y el lunes lo llevaran a la escuela.

No lo pensó demasiado. Fernando sabía que aquél era el juguete elegido para la tarea.

Y no crean que era fácil la decisión. Él tenía bastantes juguetes que había juntado de regalos de sus padres, de sus tíos y hasta de los Santos Reyes.

Al terminar de bañarse, Fernando se vistió, se colgó su mochila y tomó el pequeño morral azul donde un día antes había guardado cuidadosamente su juguete.

¡Fernando, ya vámonos! –le gritó su mamá desde la calle.

Durante el camino, Fernando iba tan distraído que no se dio cuenta de que su mamá lo observaba cariñosamente. Tampoco se fijó en el momento en que



ella hizo un gesto de repugnancia, cuando un camión dejaba tras de sí una cortina de humo negro que se unía en el aire con la que generaban los demás carros y camiones igual de contaminantes.

A eso del cinco para las 8:00 a.m. llegaron a la escuela.

—Que te vaya bien, hijo —se despidió su mamá, dándole un beso en la mejilla y poniéndole dinero en su mano.

—Sí, mamá, gracias —contestó Fernando, guardándose el dinero en la bolsa derecha de su pantalón.

Doblemente feliz, el niño entró en la escuela protegiendo su morral como si fuera el tesoro más preciado para todos los seres del planeta.

Al subir las escaleras, Fernando se encontró a sus compañeros del grupo presumiendo sus juguetes fuera del salón.

—Ahí viene Fernando —avisó Oscar al verlo.

—¿Trajiste la tarea? —le preguntó Raúl.

—Sí, aquí está —dijo Fernando, enseñándoles el morral azul.

—¿Qué es? —dijo intrigado Efraín.

—En la clase lo enseñó —concluyó Fernando, metiéndose en el salón.

—¡Ahí viene la maestra! —se escuchó una voz de lejos.

—Como si los estuvieran persiguiendo, todos se metieron en el salón corriendo.

—¡BUENOS DÍAS
MAESTRA RAQUEL!
—saludó el grupo en
coro y de pie.



—Buenos días, niños –devolvió de inmediato el saludo la maestra.

—A ver, niños –decía la maestra al mismo tiempo que acomodaba sus cosas en el escritorio–, ¿trajeron todos su tarea?

—Sííí –dijeron todos.

—Me parece perfecto –contestó la maestra mirando al grupo–. Primero va a pasar... tú, Susana.

La niña se puso frente al salón e iba a empezar a hablar, cuando la maestra la interrumpió.

—Quiero que nos cuentes por qué es tu juguete favorito y cómo lo conseguiste, ¿está bien?

—Sí, maestra —respondió Susana con una voz chillona—. Este muñeco es mi juguete favorito porque con él puedo jugar mucho tiempo sin aburrirme. A Juanito, porque así se llama, lo puedo bañar, cambiar y pintar, y nunca se queja.

—Y, ¿cómo lo conseguiste? —inquirió la maestra.

—Bueno —dijo Susy—, mi papá me lo dio antes de irse a Estados Unidos y me dijo que lo cuidara y lo conservara como si fuera él, y por eso lo trato como mi hijito.

—Muy bien, muy bien —concedió la maestra—. Denle un fuerte aplauso a su compañera.

Y todo el grupo aplaudió al unísono.



—A ver, sigues... tú, Oscar —ordenó la maestra.

Oscar se paró de un salto sorprendente. Traía dos pistolas, una a cada lado de sus piernas.

—Estas pistolas —comenzó, sacando su pistola derecha— son mis juguetes favoritos, porque con ellas juego con mis primos en la casa todo el día. Jugamos a que ellos son los indios y yo el vaquero que los perseguía. Aunque casi siempre pierdo porque ellos son más.

—Y, ¿quién te las dio? —preguntó la maestra.

—Me las trajeron los reyes. En realidad, yo quería un Play, pero mis papás me dijeron que como los Santos Reyes tenían que llevarles juguetes a muchos niños, no me podían traer eso. Pero yo digo que si son Reyes, es que son muy ricos, ¿no, maestra?

—Pues, sí, Oscar —contestó la maestra indiferentemente—, ya te puedes sentar.

Y así fueron desfilando muchos más niños y muchos más juguetes. Hubo carros de carreras en miniatura, muñecas, robots, Game Boys y hasta teléfonos celulares.



Después de un rato, el turno fue de Fernando. Él se paró tímidamente. Cuando estuvo frente al grupo, lentamente fue sacando su juguete del morral azul, hasta que lo dejó ver a todo el salón.

Por un instante hubo un silencio, que se rompió cuando todos se empezaron a reír.

—Ja, jajá, ja —se oía fuertemente.

—Qué tonto —le gritaron.

—Deja de estar jugando.

—Sí, eres un payaso, Fernando —comentó Sergio.

—¡Una piedra! —gritó el gordo Héctor—. Qué gracioso.

La maestra estaba roja como jitomate. Se acercó a Fernando y, bajando la cara a la altura de él, le dijo:

—¿Te estás burlando de mí?

—No, maestra —respondió Fernando sorprendido.

—Mira niño, les dije claramente que trajeran uno de sus juguetes favoritos, y tú... tú me traes esta cosa, ¿qué no entendiste?

—Sí, maestra, y por eso traje mi piedra. Es mi juguete favorito.

—¡Ash!, ya cállate y acompáñame a la Dirección —la maestra tomó a Fernando del brazo y lo sacó del salón.

—Pero por qué me lleva, maestra —preguntó el niño—, yo sólo traje mi tarea, esta es mi tarea.

52 Pero sus súplicas fueron en vano. Al llegar a la Dirección, la maestra

sentó a Fernando en una de las sillas que estaban frente a la oficina de la directora.

—Ahora sí vas a ver cómo te va —lo amenazó la maestra mientras tocaba la puerta de la directora.

Cuando la maestra entró en la oficina, Fernando se preocupó.

Mientras tanto, en el salón, algunos de los compañeros de Fernando continuaban riéndose, pero otros comentaban entre sí:

—Creo que Fer se volvió loco —empezó a decir Raúl.

—¿Por qué? —le preguntó Andrea.

—Pues cómo por qué —se molestó Raúl.

—Sí, cómo haces esa pregunta —la regañó Alberto.



—Imagínate, traer una piedra como su juguete favorito —reflexionó Efraín.

—¿Y eso qué tiene de malo? —comentó Gabriela—. Yo no he pasado y mi juguete favorito es esta caja de zapatos.

Todos se le quedaron viendo a Gabriela. Hasta los que se estaban riendo se callaron y se metieron en la plástica.

—Sí, de verdad es mi juguete favorito. Además, creo que Fer no hizo nada malo y debemos hacer algo para ayudarlo —propuso Gabriela.

—¿Algo *kimosabi*? ¿Como qué? —preguntó Raúl.



—Mi papá me dijo un día que si hay una injusticia todos nos debemos unir y protestar para defender nuestros derechos —dijo Gabriela.

—Pero nosotros somos muy chicos para eso —se quejó Andrea.

—Ya sé —continuó Gabriela—, pero mi papá también me dijo que aunque seamos muy pequeños, todos unidos podemos ser más fuertes. Él me dijo que es como cuando las hormigas quieren mover algo mucho más pesado de lo que pueden cargar solas. Para hacerlo, ellas se tienen que unir y así juntas pueden arrastrar cualquier cosa que las doble en peso.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó Alberto.

—Pues bueno, me parece que hay que ir a la Dirección y hacer como una de esas protestas que vemos en la tele.

—¿Crees que expulsen a Fernando? —dudó Jessica.

—No sé. Tal vez —le respondió Gabriela.

Todos los niños salieron del salón y siguieron a Gabriela y a Raúl, que iban al frente. Al llegar a la Dirección, Gabriela se dirigió a Fernando:

—Estamos aquí para ayudarte.

En ese momento, la maestra Raquel salió acompañada de la directora. Sorprendida, la directora Ángeles les preguntó a los niños:

—¿Qué hacen aquí?

—Todos nosotros estamos aquí para que no le hagan nada a Fernando —comenzó a decir Raúl.

—Creemos que Fernando no hizo nada malo —terminó Gabriela.

Al oír esto, la directora se sentó junto a Fernando y le preguntó:

—Entonces, ¿de verdad esta piedra es tu juguete favorito?

—Sí, señorita directora —contestó Fernando un poco bajo.

—Y, ¿por qué es tu juguete favorito? —preguntó la directora.

Fernando se paró y se puso en medio de la Dirección. Volteó a ver a sus compañeros, que le estaban haciendo señas en forma de apoyo. Sus miradas le dieron fuerza para hablar de la siguiente manera:

—Esta piedra es mi juguete favorito porque con ella puedo hacer cualquier cosa. A veces juego a las ca-

rreras y que gano la Fórmula Uno. Otras veces voy en un barco y las tormentas que hay en el mar no me pueden hacer naufragar. Pero lo que más me gusta jugar con ella es a que voy al espacio y visito todos los planetas que hay en él. Incluso puedo llegar al Sol sin quemarme y en la noche puedo acampar en la Luna.

—¿Y se puede saber cómo conseguiste tu piedra?
—le preguntó la directora.

—Fue cuando mis papás me llevaron a Veracruz las vacaciones pasadas. Yo estaba jugando al lado de una laguna, y escarbando en la tierra la encontré ahí.





Las formas que tiene me llamaron mucho la atención. Pero lo que más me gustó de ella fue que aunque parezca pesada, en realidad no pesa mucho —Fernando se agarró las manos y empezó a escuchar que todos sus compañeros gritaban:

—¡NO LO EXPUSEN! ¡NO LO EXPULSEN! —una y otra vez.

La directora se paró y les dijo:

—¿Expulsarlo? No. Si acaso, se le hubiera castigado, pero no encontré razón para hacerlo. Además, creo que no se debe castigar a un niño por utilizar algo tan valioso como es su imaginación. Sin embargo, me da gusto ver un grupo tan unido como el de ustedes, y, sobre todo, saber que en esta escuela existen alumnos que saben defender su derecho a ser niños. Por lo tanto, creo que usted, maestra Raquel, le debe una disculpa a Fernando.

Sin dudarle, la maestra Raquel se disculpó, y en ese momento todos los niños gritaron de emoción y ovacionaron a Fer.

Cuando Fernando creció y tuvo a sus hijos, les contaba esta historia y siempre que se acercaba al final, le gustaba terminarla con la frase: "A mí me pasó esto, pero a cualquiera le puede pasar. Por eso, aunque los demás crean que nuestros pensamientos son una tontería, hay que defenderlos, no importa si creemos que somos muy pequeños para hacerlo, ya que si todos nos unimos, si de verdad ocupamos el poder del pueblo, podremos avanzar hacia un país mucho mejor para todos".



Cara de payaso

Gilberto Hernández García



—¡Cara de payaso! ¡Cara de payaso! –le gritó uno de los niños que jugaban cerca del gran roble, cuando vio que Emilio asomaba su carita detrás del grueso tronco del árbol.

—Ja, ja, ja –rieron a coro todos los demás.

Y es que el pequeño Emilio tenía unos ojos grandes y saltones; su nariz era una bola, sólo le faltaba ser tan roja como las manzanas; y en su cara asomaba una sonrisa que parecía pintada. Además, usaba un pantalón raído, de esos que luego les decimos de brincacharcos, amarrado por un pedazo de lazo; su camisa estaba tan llena de flores que parecía un jardín y remataba su atuendo unos zapatotes, que con seguridad no eran de su número.

Así era Emilio, un indio, diría mi mamá, que no tolera que se le acerque uno, y cuando quiere ofender, luego anda diciendo "pareces indio"; un indígena, diría mi maestra; bajito y moreno, con los pelos tirando al cielo, incapaces de mantenerse en un peinado. Y soltaba la risa a la primera provocación. Se veía que era un chico feliz.



A colorful illustration of a young boy with dark hair, wearing a red shirt with white floral patterns and blue pants. He is standing on a green hill, looking towards the viewer. To his left is a large, stylized figure with a red face and a white eye, partially visible. The background is a blue sky with white clouds. The overall style is folk-art or naive art.

Había llegado con su familia de la Sierra Mixteca, en Oaxaca, apenas hace unos días, acompañando a su papá, que había sido contratado para trabajar en la construcción de un asilo de ancianos en Xochimilco. Dice mi papá que a ellos los contratan para hacer ese trabajo pesado, porque trabajan bien y cobran poco.

Yo no entiendo de eso.

Llegaron a nuestro barrio, que de por sí ya está lleno de gente que viene de todos los rumbos de México.

Dice mi mamá que la zona donde vivimos está atiborrada de vecindades, con gente pobre. Yo creo que por eso ya se quiere cambiar de casa. Porque piensa que los pobres son malvivientes, que están así porque son flojos y no trabajan, que no son gente y que nosotros, los hijos de la gente buena, tenemos que vivir apartados de los hijos de la gente mala, porque luego se nos pegan sus malas costumbres, sus malas palabras y hasta sus malos piojos.

Cuando los niños le gritaron “¡Cara de payaso!”, yo pensé que Emilio se iba a enojar y nos iba a agarrar a pedradas, porque piedras abundan en el parque del roble; o que se iba echar a correr, o por lo menos que se iba a espantar. Pero no. Ahí lo tienen risa y risa. Cuanto más le gritaban, más se reía, y de verdad parecía que lo gozaba.

Fue entonces que me le fui acercando. Agarré la pelota con que andaba jugando y así, como disimulado, la aventé con el pie hasta donde estaba aquel niño. Y ya cerquita de él, que le suelto un “¡Cara de payaso!”, primero con cierta timidez y miedo, y luego como si estuviera diciendo una letanía: “¡Cara de

payaso, cara de payaso, cara de payaso!” Cuando lo dije por última vez, corrí a todo lo que daban mis piernas para alejarme de él, hasta olvidé la pelota a sus pies. Llegué al otro lado, por donde están los columpios, con el corazón corriendo más rápido que mis piernas, como si la competencia fuera con él. Volteé para verlo: seguía ahí, sin siquiera agüitarse. No se movió ni un centímetro, permanecía a un lado del roble, con su cara llena de alegría, los ojos llenos de luz y la risa que no le paraba.

Se me hizo raro que no dejara de reír. Por eso me fui acercando, otra vez, poco a poco, como quien no quiere; después de todo, mi pelota estaba ahí. Los otros niños seguían gritando “¡Cara de payaso, cara de payaso”!, pero al ver



que Emilio, Cara de payaso, no les hacía caso por estarme viendo a mí, dejaron de molestarlo y continuaron con sus juegos.

Mis pequeños pasos me fueron acercando al roble. Cara de payaso me veía encantado. Lo supe por el brillo de sus ojos, porque, vuelvo a decir, su sonrisa me parecía que estaba pintada en su rostro y ya no sabía yo si era verdadera. Sin más ni más le dije:

—Hola, Cara de payaso.



—Hola —me respondió con su sonrisa pintada, enseñando todos sus dientes.

Cuando lo vi más de cerca, me di cuenta de que sí parecía un payaso pequeñito, pero éste no tenía maquillaje, la cara le ayudaba en todo. Noté que tenía mi misma edad, 10 años, o al menos, eso parecía. Sus enormes ojos negros no dejaban de mirarme, y en ellos había algo que no supe cómo llamarlo en ese instante, pero después supe que era una invitación a ser amigo.

Los otros niños se dieron cuenta de que me había acercado al niño extraño y que estaba platicando con él. Se echaron a reír y volvieron a la burla:

—Está platicando con el payaso —dijo uno.

—También quiere ser un payasito —continuó otro.

—Vengan a hacernos reír con sus payasadas —dijo un tercero, y todos los demás empezaron a reír tanto que se tiraron al suelo agarrándose la barriga.

A Emilio no parecía importarle que los otros lo siguieran molestando, él seguía entretenido conmigo. Y en eso me dijo:

¡JA-JA-JA!



—Tus pelos parecen de elote tierno.

—¿Qué dices? Le respondí mientras me alaciaba el cabello con la mano izquierda.

—Que tus pelos son como los que tienen los elotitos tiernos; y tienes pecas...

—Pues tú tienes la cara de payaso. Y me reí a ver si así perdía él su risa y de paso le mostraba que yo era más listo que él.

Pero no. Al contrario, parecía como si le hubiera dado cuerda, y rió con muchas más ganas. A mí, la verdad, me contagió su alegría, y no tuve más remedio que acompañarlo en aquel concurso de ver quién mostraba más los dientes y quién era más ruidoso a la hora de reír. Reímos tanto que también a nosotros nos empezó a doler la barriga, pero me gustaba y no podía parar.

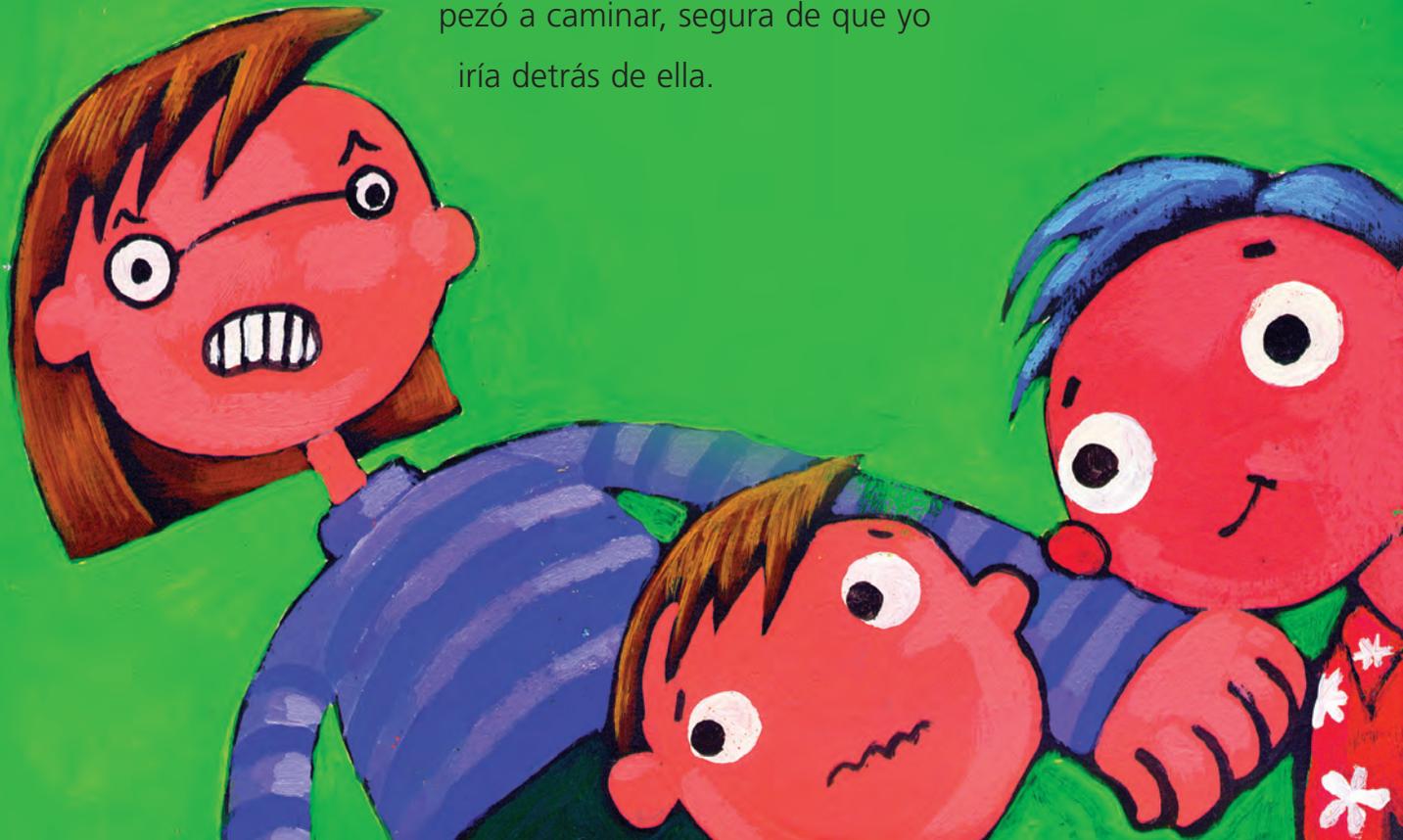
Cuando agarré un poquito de aire, le iba a preguntar que cómo se llama, pero justo en ese momento oí la terrible voz de sargento de mi madre. La sonrisa se me escapó y no sé por dónde se fue. Las piernas me temblaban, porque siempre que mi mamá me dice "¡Jorge Alberto!", es porque está realmente enojada.

Pero ahora mi nombre sonó con un tono tan energético que hasta lo desconocí.

—¡Jorge Alberto! ¡Te he dicho muchas veces que no te juntes con gente que no conoces! ¡Vamos a la casa!

—¡Pero mamá...! —Quise decirle que me dejara estar con Cara de payaso, que era un niño diferente, que era bueno, y que eso se le podía ver en los ojos. Pero no me dejó decir nada.

—¡He dicho que a la casa! —y empezó a caminar, segura de que yo iría detrás de ella.



Y no se equivocó. No tuve más remedio que arrastrar mis pies para obedecer la orden de mi sargento, perdón, de mi mamá. Sabía que llegando a la casa me iba a dar el sermón de mi vida, pero yo no tenía miedo porque en mi corazón el depósito de las risas estaba lleno. Así fue la primera vez que vi a Cara de payaso.

Llegando a la casa tuve que aguantar el sermón sobre la gente mala y la gente buena: los que se parecen a nosotros son la gente buena, los que no son como nosotros, son malos. La tuve que escuchar en silencio, como buen niño obediente y regañado, pero por primera vez sentí que no toda la gente diferente es mala.

Como era de esperarse mi mamá me castigó, me prohibió salir

de la casa por una semana. Yo salía de la escuela y tenía que llegar derecho a la casa. Los primeros días, ya estaba mi mamá a la puerta esperando que llegara. Por las tardes, después de hacer la tarea y los deberes que mi madre me ponía, tenía que pasar largos ratos frente a la tele, viendo caricaturas bobas porque ya no podía ir al parque a divertirme con mis amigos.



Pero en cualquier descuido de mi madre, corría a la ventana para ver si Cara de payaso andaba por ahí. La ventana de la sala tenía vista al parque. Es cierto que queda lejos, pero desde ahí podía ver a los niños correr, subir y bajar por las resbaladillas, pasearse en los columpios o girar en el pequeño remolino. Veía pelotas rodando y rebotando, y niños detrás de ellas; pero nada de Cara de payaso. A lo mejor también su mamá pensaba que yo era un niño malo, hijo de gente mala y que le podía pegar mis malas palabras, mis malas mañas y mis malos piojos.

Fue la tarde del quinto día, cuando más aburrido estaba, después de hacer los quebrados que me dejó la maestra de matemáticas, que un rayo de luz entró por la ventana de la sala donde yo me encontraba, tirado en la alfombra, tratando de encontrarle el chiste a la caricatura que estaba viendo, para que mi mamá se diera cuenta de que ya era yo un chico normal. Y no era un rayo de sol. ¡Era Cara de payaso, parado frente a la ventana! Pude reconocer de inmediato esos enormes ojos, esa nariz hecha bola y la sonrisa que nunca se quitaba, ni para dormir.

Primero me dio miedo de que mi mamá pudiera descubrirlo y lo corriera, pero después me dio tanto gusto verlo que hasta me puse a saltar de alegría. ¡Cara de payaso, cara de payaso!

—empecé a gritar—. Pero esta vez mis gritos no eran para asustar a Emilio (ya dije que así se llama), tampoco eran para burlarme de él como lo hacían los otros niños. No. Era porque de verdad me daba gusto volver a verlo.

Corrí a la ventana y pegué mi cara al vidrio. Mi nariz se acható y los labios se me hicieron grandotes, como los de mi amigo Beto, que es más boca que nada. A Cara de payaso le causó tanta gracia que se tiró en el pasto de nuestro pequeño jardín, y empezó a reír y a rodar por el pasto mientras reía. Yo quería salir a rodar con él y a mostrarle que yo también reía, aunque estuviera castigado. Pero me acordé que mi mamá siempre cierra la puerta con el seguro hasta llegada la hora en que me da permiso para salir al parque a jugar. Pero esta vez estaba castigado, no se me olvidaba, y aún faltaban dos días para que me levantara el castigo. Así que me retiré un poco de la ventana para llamar la atención de Cara de payaso.

Él lo notó y se acercó. A señas le dije que estaba castigado y que se tenía que ir del lugar porque si aparecía por ahí mi madre, hasta él iba a perder su



cara de payaso. Bueno, no sé si todo eso me entendió él, pero al menos fue lo que quise decirle. Cara de payaso iluminó su rostro, levantó su mano en señal de despedida y se fue corriendo. Me dio la impresión de que, al irse retirando, dejaba detrás de sí un halo de luz.

El lunes, cuando regresé de la escuela, hice todo lo que me correspondía hacer: comí mi sopa, trabajé en mis tareas escolares, ayudé en casa. Esperaba con ansia que el reloj de pared marcara las cinco de la tarde, hora en que oficialmente se levantaba mi castigo. Estaba desesperado porque, además de ver a Cara de payaso, iba a estrenar el papalote que mi tío me había llevado este domingo pasado. Era un papalote en forma de halcón, con los bordes con colores brillantes y una gran cola. La cuerda era fuerte y larga, por lo que pensaba podía elevarlo hasta la luna.

Mis ojos estaban pegados al reloj: un segundo, dos segundos, tres segundos... ¡qué lento es el tiempo! Diez segundos, 11 segundos... Pensar que aún falta media hora. Me echaba en la alfombra



y luego me levantaba; me subía al sofá y después brincaba; prendía la tele y pasaba rápidamente de un canal a otro, a ver si así engañaba al tiempo y se decidía a correr, quise prestarle mi patín para haber si así se iba de volada, pero nada: seguía lento, como mi abuelito cuando va por la calle. Haciendo y pensando eso estaba cuando mi mamá entró en la sala. Debió de haberme visto como un pequeño cachorro de león enjaulado, pues decidió abrir la puerta para que yo pudiera ir al parque.

—Anda, ve a jugar —me dijo en tono de compasión. ¡Qué generosa se vio mi madre! Yo salí corriendo con el papalote en la mano, dispuesto a mostrárselo a Emilio.

Al llegar al parque del roble, comencé a correr para probar mi nuevo juguete. No soy muy bueno para volar papalotes, lo confieso, pero sé que el viento hace lo suyo y ayuda a los niños que tenemos el deseo de volar, y como no podemos, tenemos que valernos de estos papalotes: ellos vuelan por nosotros. Eso lo sabe el viento, por eso nos da una ayu-

En el parque del roble ya se encontraban los otros niños y niñas de mi pandilla. Todos con papalotes. No sé qué habrá pasado ese domingo, pero parece que los tíos tuvieron un ataque de generosidad o se pusieron todos de acuerdo, o hubo una barata de papalotes, no sé, pero a todos los de la pandilla nos llevaron uno: en forma de águila, de mantarraya, de dinosaurio volador, de nube, de sol, ¡de todas las figuras que pueda uno imaginar!

Orgulloso de mi halcón, que la verdad parecía el más bonito y dejaba a todos con la boca abierta, empecé a probarlo. Primero solté un poco de cuerda para que no se me fuera a enredar y mucho menos se me fuera a pique antes de empezar a volar y quedara ante mis amigos como un papalote fracasado. Poco a poco fui aumentando la velocidad de mi carrera



y dejando más hilo suelto para que mi halcón fuera ganando altura. Sentí cómo el viento le dio un ligero tirón y elevó de pronto mi papalote. Emocionado, pensé que Cara de payaso debería estar ya por ahí y estaría tan admirado como yo de aquel hermoso papalote que desafiaba las alturas y podía llegar hasta las nubes.

Eso estaba pensando cuando no me di cuenta que frente a mí estaba el gran roble. Por poco chocó contra su tronco; lo bueno es que soy muy ágil, así somos los niños, y me pude detener a tiempo. El que sí estaba más distraído fue mi halcón, que no se dio cuenta que estaba a punto de enredarse en las ramas del árbol y no usó sus alas para sacarle la vuelta. Y pasó lo que tenía que pasar: mi pobre papalote se estrelló con todo y su pico, con todo y su gran cola, contra el árbol. El golpe fue tan fuerte que el cordel con el que lo manejaba se rompió y vino a caer a mis pies.

Yo creo que ese día el viento perdió la memoria o se puso rebelde, y dejó a un lado su tarea de ayudar a los niños a volar, digo, a volar los papalotes como si los niños fueran los que vuelan. Y lo digo porque, uno a uno, los papalotes de mis amigos fueron estrellándose en las altas ramas del roble del parque. A unos se les soltaron de las manos, otros sintieron como si el roble los llamara, el caso es todos nuestros juguetes voladores estaban ahí, atorados. Todos lo vimos y no lo podíamos creer:

un enredijo de hilos y colas de colores estaba allá arriba. Y nosotros acá abajo, con la boca abierta, no sabíamos qué hacer.

Mirábamos el roble. La respiración se nos iba nomás de ver lo grande que era. Además, tenía un tronco muy liso, por lo que sería difícil tratar de trepar por él. Y luego, para acabarla de amolar, ninguno de nosotros había trepado a un árbol en su vida, menos a uno de ese tamaño. Así que todos estábamos muy tristes y desilusionados. Pero no podíamos perder nuestros papalotes nuevos así como así. Algo teníamos que hacer.

Las niñas dijeron que los niños deberíamos subir, que para eso éramos niños. Nosotros les dijimos que ya había igualdad entre hombres y mujeres, pero parece que el truco no funcionó, porque ellas siguieron empeñadas en que nosotros, los niños, deberíamos subir y desatorar los



papalotes. Hubo hasta quien prometió un beso al niño valiente que se atreviera a subir y bajar su papalote en forma de linda mariposa. Nadie quiso ser el elegido y la discusión continuó con más ganas. Que si tú por ser el más grande, que mejor tú por ser el más flaco, tú porque dices que eres el más listo, tú porque admiras al hombre araña; y cosas así.

Para dar solución a nuestro problema, decidimos ponernos de acuerdo. Uno dijo:

—Vayamos a conseguir una cuerda. Pero la mayoría no quiso porque las ramas donde se habían atorado estaban muy altas y, probablemente, no habría una cuerda suficientemente larga para llegar hasta allá. Además, ¿quién será el niño con tanta fuerza para lanzar la cuerda hasta aquel lugar?



palotes. El niño hizo un último esfuerzo, rodeó el tronco y apareció frente a nosotros montado en la rama gruesa.

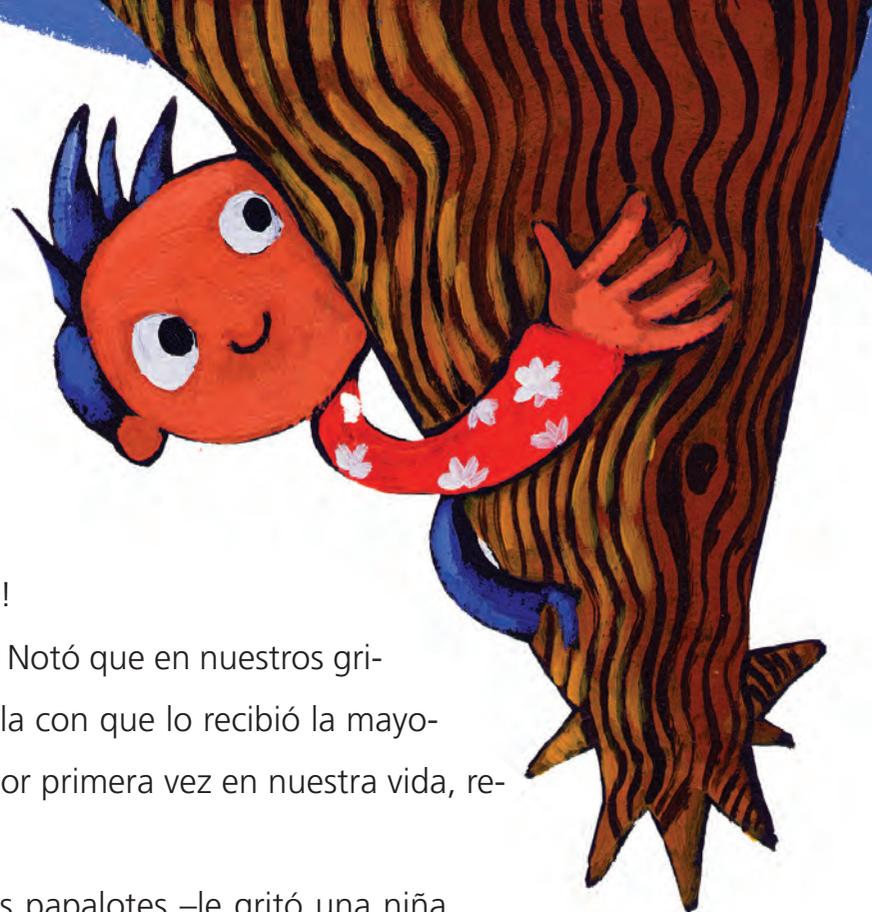
—Es el niño con cara de payaso —gritó uno. Y todos los demás coreamos:

—¡Cara de payaso, Cara de payaso!

Emilio, Cara de payaso, estaba feliz. Notó que en nuestros gritos ya no había aquella agresión y burla con que lo recibió la mayoría de la pandilla cuando se apareció por primera vez en nuestra vida, recién desempacadito de Oaxaca.

—Mira si puedes destrabar nuestros papalotes —le gritó una niña, con voz como la de las novias de los superhéroes de las películas, haciéndole competencia a la niña que espera a su príncipe azul, o bombero o lo que sea.

Y Cara de payaso dio un brinco y se paró sobre el tronco. Aunque era pequeño, sus cortos brazos alcanzaban bien casi todos los papalotes atorados. Caminó con gracia y sin dificultad a lo largo de la rama, descolgando, uno a uno, nuestros juguetes. Se ponía de puntitas, los



tomaba con sus manos y los dejaba caer; el viento, tal vez apenado por lo que nos había hecho, los traía al suelo suavemente. Yo estaba admirado de todo lo que estaba haciendo Cara de payaso. Eso debió de ser parte de sus juegos en la Sierra Mixteca: trepar y bajar, volver a subir y volver a bajar de uno y de muchos árboles.

El último papalote que descolgó fue el mío, porque se había atorado más arriba que el de los demás. Eso me decía que mi halcón estaba hecho para llegar más alto que cualquiera. Le costó más trabajo bajarlo, tuvo que trepar un poco más arriba, en una pequeña ramita saliente, para poder dar con él. En su cara, con todo y la risa pintada, se notaba el esfuerzo que estaba haciendo. Unas gotas de sudor aparecieron en su frente. Nosotros lo alentábamos desde abajo:

—Tú puedes, Cara de payaso.

Y él iluminó sus ojos. En el último esfuerzo alcanzó mi papalote, lo tomó en sus manos y bajó a la rama gruesa. Lo miró con gusto y nos lo mostró. Todos nosotros lo aplaudimos contentos, y él dejó caer mi halcón brillante. El viento lo trató bien: hizo que revoloteara en el espacio entre la rama y el suelo, dibujó en el aire una serie de piruetas y llegó directo a mis manos.

Cara de payaso dio unos pasos hacia el tronco del roble, pero seguía mirando cómo descendía mi papalote. Tan distraído estaba en mi juguete que no se dio cuenta por dónde iba y resbaló.

—¡Cuidado! Alcancé a gritarle, pero era demasiado tarde. Sus manitas no alcanzaron a sujetarse de la rama donde había estado parado. Todos cerramos los ojos. No queríamos ver lo que estaba pasando. Las niñas gritaron y todo fue un caos.

No escuchamos nada, quiero decir, no escuchamos lo que nos temíamos. Y poco a poco fuimos abriendo los ojos, el corazón nos saltaba como si se quisiera salir del cuerpo. De inmediato buscamos en el suelo: no estaba. Alzamos los ojos y vimos que Cara de payaso estaba atorado por la camisa, balanceándose, de una rama menos gruesa que la otra, pero sin dejar de sonreír.

—¡Hagamos la pirámide! —grité a los niños y niñas de la pandilla.

Y, como ya antes habíamos discutido lo suficiente, sin pensarlo más, uno a uno nos fuimos colocando en el mejor lugar donde pudiéramos servir. Los más gorditos se situaron en la base, los más espigados se pusieron de pie sobre las espaldas de los gorditos; las niñas se acomodaron a los lados para darle solidez a los que soportaban el peso. Poco a poco la pirámide fue logrando altura. Yo me coloqué en lo más alto, junto con otros dos niños, puestos de pie sobre los hombros de otros tantos. Así, le servimos de apoyo a Cara de payaso, que descen-

dió lentamente sobre nuestros hombros. Los de mero arriba lo tomamos con delicadeza y lo fuimos bajando.

Cuando estuvo en tierra firme, empezamos a descender, de uno en uno, hasta desintegrar nuestra gran obra: la pirámide salvadora. En ese instante todos empezamos a brincar y a gritar:

—¡Cara de payaso, Cara de payaso! —y subimos a Emilio en hombros para darle una vuelta por el parque.

Cara de payaso no dejaba de sonreír. Nadie podía dejar de hacerlo.

Ahora que recuerdo, desde ese día aprendimos, con toda la pandilla, el valor que tiene hacer las cosas juntos, sin hacer menos a nadie, unidos por una sola meta. Todo se lo debíamos a aquel niño moreno, bajito y con cara de payaso.



El día del partido

Efrén Arellano Trejo

El autor narró una historia que Rebeca Arellano Narvéez vivió y escribió en una primera versión.



Esta es la historia de dos niñas, que
tenían una cosa en común: les
apasionaba el fútbol. Y les apasionaba

en una forma muy peculiar: por supuesto que
entrenaban y jugaban; también iban al estadio y
gritaban emocionadas para apoyar a su equipo
favorito; pero además, gracias al fútbol,
descubrieron algo que cambió su vida.



Una invitación sorpresiva

Violeta se levantó temprano ese día, era lunes y no quería llegar tarde el primer día de clases después de las vacaciones de invierno. Estaba dispuesta a estudiar y a echarle muchas ganas a la escuela.

Pasó por la puerta verde del colegio exactamente a las 7:45 de la mañana y subió las escaleras; sus veloces pasos mostraban la energía de los 11 años que acababa de cumplir.

A la primera persona que encontró fue a su amiga Karen, quien la saludó de una forma muy alegre, lo cual era natural en ella.

—¡Hola Violeta!, ¿cómo te fue en las vacaciones?
—exclamó, tan emocionada que muchos niños ahí presentes voltearon a verlas.

—Pues lo normal, tú sabes, viajes con los primos, gripas por el frío y algunas posadas —le contestó Vio-

leta, sonriéndole abiertamente—; ¿y a ti?

—Bastante bien, amiga —le contestó Karen bajando la voz, a la vez que rodeaba a Violeta por los hombros y la conducía hacia el interior del salón de clases—, te tengo una noticia.

Violeta y Karen entraron al aula y colocaron sus cosas en los pupitres.

—¿Qué vas a hacer este sábado? —preguntó Karen, con cierto tono de travesura y entusiasmo, y sin esperar respuesta siguió diciendo:— Este sábado es el partido entre los Pumas y el América, y mis papás me dijeron que podemos llevarte con nosotros. ¡Va a estar padrísimo!

Violeta no salía de su asombro. Hasta ese momento compartía el entusiasmo futbolero de su amiga a cierta distancia y nunca había ido a un partido.

—No sé si eso me vaya a gustar —dijo al fin.

—¡Pues te va a encantar! —le contestó su pelirroja

amiga–; si te dan permiso, el sábado por la tarde tú y yo estaremos en el estadio para apoyar a los Pumas.

Violeta seguía sin entender tanto entusiasmo.

El día del partido

El América es uno de los equipos de mayor tradición en la Ciudad de México, que ha ganado varios campeonatos a lo largo de su historia. Cuenta la leyenda que un grupo de amigos de diversos colegios se reunieron exactamente un 12 de octubre (día en que se celebra el “descubrimiento” de América), en una casa de la colonia Santa María la Ribera, para formar este equipo. Imagínate, esto ocurrió en 1917. Por ello, existen familias donde los abuelos, los papás, los hijos y hasta la mascota le van al América.

Los Pumas representan a la Universidad Nacional Autónoma de México, una institución muy querida y



respetada. Tú habrás notado que en la ciudad muchos consultorios médicos y despachos de abogados muestran en su fachada el escudo y el nombre de esta universidad. En el momento de esta historia, este equipo acababa de ganar dos campeonatos seguidos, lo cual reanimó a sus múltiples seguidores.

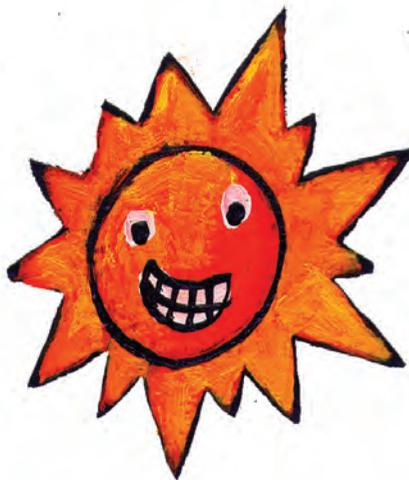
Aunque Violeta no conocía la historia de estos equipos, de todas maneras el día del partido fue inolvidable para ella.

En primer lugar, le impresionó el tamaño del estadio, los ríos de gente que de manera festiva se deslizaban por las escalinatas, la algarabía de las personas que sin conocerse previamente se unían en torno a una porra, hasta parecía que habían ensayado.

En cuanto el árbitro dio el silbatazo inicial, la multitud arrojó al unísono un grito de emoción que recorrió toda la piel de Violeta hasta dejarla “chinita” “chinita”. Sus ojos se mantenían bien abiertos, como platos soperos, para captar todo lo que ocurría en la cancha: la posición de los jugadores, la rapidez y habilidad de quienes conducían el balón, la fuerza de los disparos a gol, la agilidad con que respondían los porteros.

Poco a poco Violeta se transformó. La sorpresa dio paso a una franca emoción que veía reflejada en la cara de Karen, en la cara y en los gritos de cientos de personas que las rodeaban y brincaba igual que ellas. En ese momento, en ese preciso momento, se dio

cuenta de que no podría sobrevivir mucho sin volver a sentir esa extraña pasión, incluso estaba decidida a que algún día tendría que ser vitoreada al meter el gol del gane para un equipo de fútbol femenino que aún no conocía. El partido terminó empatado a uno, pero la entrega y el coraje mostrados por los dos equipos dejó muy contento a todo el público.



GOOOOAL!



De regreso a la escuela

Llegó de nuevo el lunes. En la escuela, Violeta no podía dejar de pensar en el partido al que había asistido, aún se sentía emocionada.

Cuando llegó la hora del recreo, todos los niños bajaron al patio para descansar y tomar su *lunch*. Era costumbre que se apropiaran del patio para jugar fútbol, mientras que las niñas se sentaban alrededor para observarlos o simplemente ignorarlos, absortas en sus conversaciones.

En ese recreo Violeta observó a sus compañeros, nunca les había prestado atención, de hecho, siempre platicaba con Karen de otras cosas, pero ese día llamó su atención la “cascarita” que se disputaba en el patio.

De repente, se le ocurrió una idea, que no sabía por qué no la había pensado antes. Se armó de valor y les dijo a sus amigas que estaban sentadas a ambos lados de ella:

—¿Por qué sólo los niños pueden jugar fútbol?

Todas se quedaron calladas, esperaban que Violeta

comentara algo más. Al notar esto, Violeta continuó:

—Es decir, siempre se apropian del patio, ni siquiera nos preguntan si nosotras lo queremos usar ni nos dejan jugar con ellos.

Esta vez, Pamela le contestó:

—¿Cómo crees que vamos a jugar con ellos, no has visto los “cañonazos” que se avientan? —la veía con una cara como de “piensa”, de hecho, todas parecían estar de acuerdo con Pamela, pero Violeta insistió.

—Les podemos decir que jueguen más tranquilos, que no sean tan exagerados —le contestó.



Parecía que Violeta empezaba a convencer a unas cuantas. Karen se levantó e intentó apoyarla.

—No sé ustedes, pero yo también creo que sería muy divertido que nosotras jugáramos fútbol.

Entre todas se voltearon a ver, Violeta también se había puesto de pie y junto con Karen esperaba que las demás se animaran.

—Yo también creo que es buena idea —dijo Lourdes, una chica alta y gordita que era la más rebelde del grupo.

—Creo que yo también —la secundó Diana, una niña pequeña y delgada que no parecía haber pasado de los nueve años.

—Yo las apoyo —dijo Rocío, una niña alta y bonita que era de las más populares en la escuela.

Hasta ahí llegaron, nadie más parecía interesada en el asunto.

—Todas ustedes están locas —dijo Pamela—, un día van a llegar llorando porque los niños les van a dar un mal golpe y ninguna de nosotras las va a ayudar.

Violeta, Karen, Diana, Lourdes y Rocío intercambiaron miradas de alegría e ilusión, a ninguna parecía

importarle lo que Pamela opinara. Juntas se dirigieron al centro del patio, donde se encontraba Noé, algo así como el capitán de uno de los equipos, para decirle que ellas querían jugar.

El resultado fue un desastre: Noé ni las terminó de escuchar y se escabulló detrás de la pelota para seguir jugando. Los otros niños les pidieron que abandonaran el patio, pues faltaba ya muy poco tiempo para terminar un partido que hasta ese momento estaba empatado. Peor aún, las otras niñas, incluso las que Violeta y Karen habían tratado de convencer, se burlaban y gritaban que salieran del improvisado terreno de juego. Apabulladas, las cinco niñas no tuvieron más remedio que renunciar a sus propósitos.



Una dificultad mayor

De regreso al salón de clases, el enojo y la frustración se notaban en los rostros de Violeta y Karen. Después de un rato, la maestra lo notó y preguntó:

—¿Qué pasa, Violeta?, ¿a qué se debe esa cara de fastidio?

La niña suspiró hondo, no sabía bien cómo empezar, sus ojos recorrieron todo el salón como buscando las palabras adecuadas.



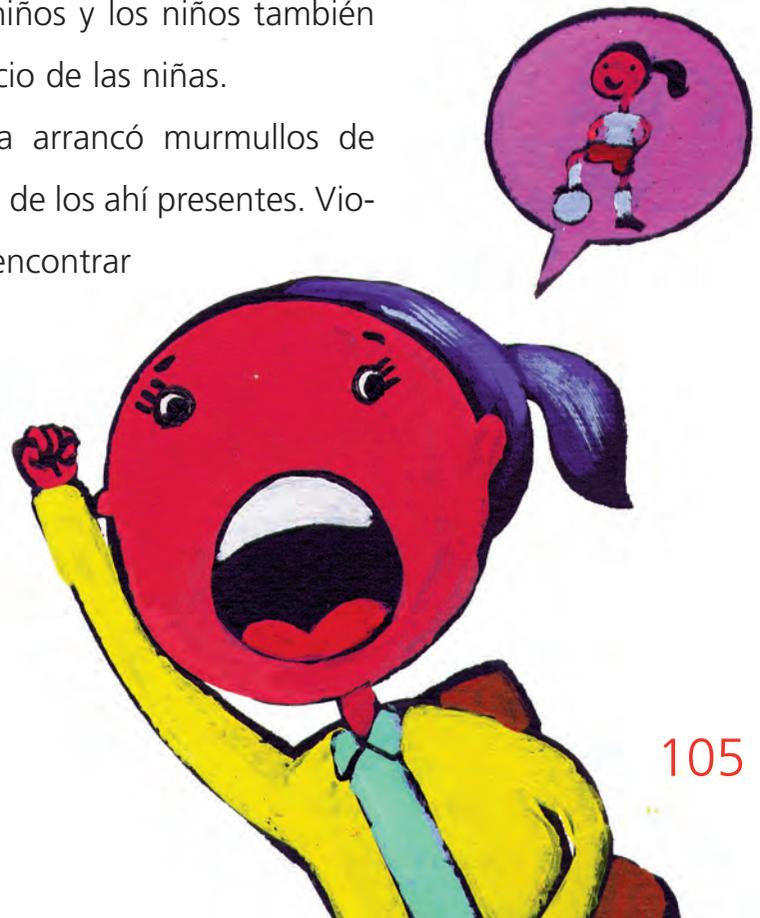
Pamela aprovechó este silencio para dar su versión:
—Lo que pasa, maestra, es que Violeta y Karen quieren jugar juegos de niños, y la verdad, pues a todos nos dio mucha risa verlas corriendo detrás del balón sin lograr alcanzarlo.

Lo dicho por Pamela provocó nuevas risas entre los demás niños.

—Bueno, pues si es eso —dijo la maestra con tono maternal—, a mí me parece que las niñas tienen que respetar el espacio de los niños y los niños también tienen que respetar el espacio de las niñas.

Lo dicho por la maestra arrancó murmullos de aprobación entre la mayoría de los ahí presentes. Violeta seguía enojada y sin encontrar cómo defenderse. Entonces Karen intervino:

—Pero no es justo, maestra —dijo—, los niños ocupan el patio todos los días y nosotras también queremos jugar.



—Bueno, ustedes tienen sus juegos —trató de explicar la maestra—, juegan al resorte, saltan la cuerda...

—¡Pero nosotras queremos jugar fútbol! —gritó abruptamente Violeta, lo cual hizo enojar a la maestra.

—Oye, niña —dijo con voz de autoridad—, esa no es forma de dirigirte a tus mayores, mandaré un reporte a tus padres y mañana no podrás salir al recreo.

El resto de los niños guardaron silencio. En el ambiente quedó la sensación de que algo había estado mal.

Buscando una explicación

Esa tarde, Violeta tuvo que enfrentar las posibles consecuencias del reporte que le pusieron.



—¿Cómo le fue en la escuela a mi niña? —preguntó su mamá cuando llegó a casa—, ¿pusiste en alto los apellidos de nuestros antepasados?

—Pues la verdad no, mamá —dijo Violeta—, de hecho hoy me mandaron un reporte.

—Pero, ¿ahora qué hiciste? —no era la primera vez que la amonestaban por increpar a la maestra.

Violeta le explicó a su mamá todo lo que había ocurrido. Le recordó la emoción del estadio de fútbol y le platicó su idea de que las niñas jugaran, las burlas de los niños, la opinión de la maestra y la explosiva respuesta de ella misma.

—¡Híjole mi niña!, pues creo que se trata de una causa justa, pero mal defendida —dijo su madre.

—No te entiendo, mamá, ¿qué quieres decir?

—Pues verás, mi niña. Una vez, cuando tú estabas todavía en el kinder, se realizó una convivencia deportiva. Era un sábado con un clima estupendo, en un deportivo limpio y agradable. De repente comenzaron a llamar a los niños y los organizaron en equipos para jugar fútbol. Fue divertido. Después, para mi sorpresa, llamaron a los papás, quienes tam-

bién tuvieron su espacio y su tiempo para jugar. Sin embargo, las mamás y las niñas sólo fuimos espectadoras. Sólo habíamos cumplido el papel de festejar y animar a los hombres. En ese momento no pensé que alguien más lo hubiera notado, de hecho, las niñas se veían entretenidas y contentas.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que me ocurrió hoy, mamá? —dijo Violeta.

—Pues que creo que tienes razón —continuó su mamá— en pensar y pedir que las niñas tengan el mismo espacio y tiempo para jugar lo que quieran en el patio.

—Pero yo quiero jugar fútbol.

—Bueno, tienen derecho a jugar fútbol, voleibol o lo que quieran, y tienen derecho a ser tratadas con igualdad y equidad.

—Mamá, yo solamente quiero jugar fútbol



–replicó otra vez Violeta.

—Exacto –dijo entusiasmada su mamá–, si las niñas juegan fútbol en tu escuela será una muestra de igualdad y equidad entre niños y niñas.

Mamá e hija continuaron platicando otro rato. Al final, Violeta entendió que ella tenía razón, que su error había sido enojarse, pues eso le impidió encontrar las razones más adecuadas para defender su causa y para expresarse con respeto.

Nuevas herramientas

Al día siguiente Violeta no pudo jugar al fútbol, pero tampoco perdió su tiempo. Explicó a sus amigas lo que le había dicho su mamá. Todas se pusieron de acuerdo en dos principios básicos: primero, nadie tenía que enojarse, y segundo, lo único que pedían era ser tratadas con igualdad.

Al entrar al salón, esta vez Violeta tomó la iniciativa.

—Maestra –inició–, quiero pedirle una disculpa por la forma en que le grité ayer.

—Está bien, Violeta –contestó conforme la maes-



tra-, no te preocupes, a todos nos puede pasar. Reanudemos la clase.

—Pero hay algo más –interrumpió suavemente Violeta–, sigo pensando que es injusto que los niños acaparen el patio para jugar.

—Pero ustedes tienen sus espacios y sus juegos, siempre ha sido así.

—Lo que pasa es que nosotras queremos jugar fútbol –intervino en esta ocasión Diana.

—¡Pero cómo creen! –dijo la maestra algo incrédula– se pueden lastimar y sus papás no estarán de acuerdo.

—Pues a mí mis papás me llevan al estadio a ver los partidos –recordó Karen.



—Pero es muy diferente ver que jugar –refutó la maestra, quien empezaba a sospechar que las niñas ya se habían puesto de acuerdo.

—Nosotras creemos que tenemos los mismos derechos que los niños –dijo Rocío no del todo convencida, pero acaparando las miradas de todos los ahí presentes.

La maestra captó de golpe el fondo del asunto. Siguió escuchando, ahora complacida de tener ese tipo de alumnas. En ese momento intervino Lourdes de una forma más decidida.

—Yo creo que el tiempo del recreo lo podemos dividir en dos: un tiempo para que los niños jueguen su fútbol y otro tiempo para que las niñas juguemos nuestro propio partido.

Con los argumentos que dieron las niñas, la maestra convenció al día siguiente a la directora de la importancia de favorecer una mayor equidad en cuanto al tiempo en que jugaban niños y niñas en el patio. Noé se encargó de empezar a pasar la voz entre



sus compañeros sobre la singular petición de sus compañeras.

Cuando el lunes siguiente la directora anunció que los recreos serían coordinados por el maestro de educación física para dar cabida a los equipos de las niñas, muy pocos se sintieron sorprendidos. Conforme pasaron los días, más y más niñas se incorporaron a las cascaritas de los recreos. Hasta Pamela empezó a participar, y los niños apoyaban y animaban a las niñas de sus respectivos grupos.

Las Coyotitas de la Laguna

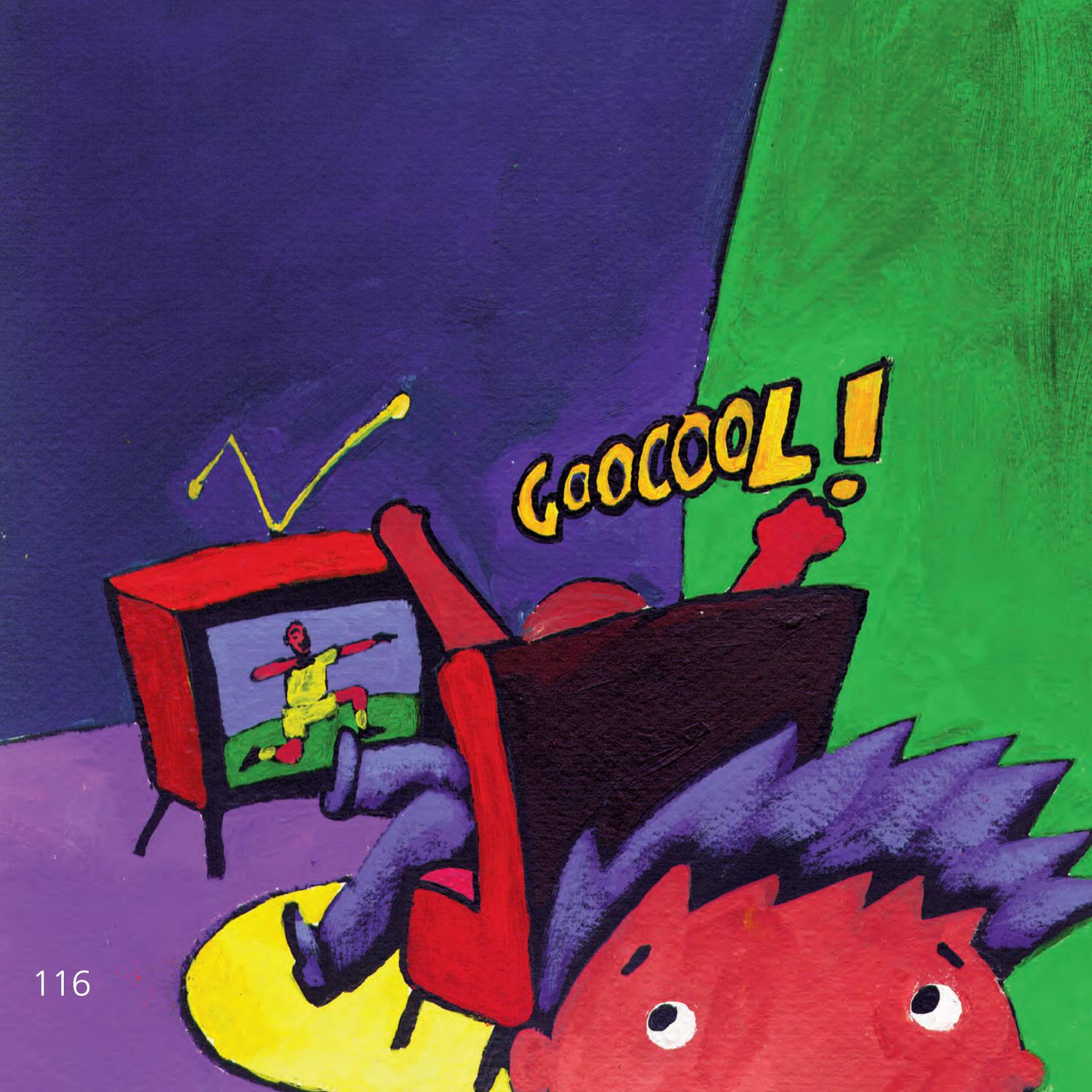
Violeta y Karen no se conformaron con jugar en los recreos. Después de una larga búsqueda encontraron a las Coyotitas de la Laguna. Es un equipo de niñas de entre 10 y 16 años que usan tenis con tacos, short y playera como los jugadores profesionales. Ellas dominan el balón y disparan a la portería con una técnica y una fuerza que no todos los niños de su edad tienen. Algún día, si caminas por los campos de la puerta 2 de Ciudad Deportiva, es posible que las en-

cuentres. Cuando veas a una de ellas o a otra jugadora de fútbol, tal vez pienses como yo que son una muestra de que las niñas y los niños tienen los mismos derechos para jugar, pero también para disfrutar de las mismas oportunidades.



El trofeo

Rodolfo Sigfrido Carro Peña



Gooool!

El equipo

M

emo lo había decidido, quería tener su propio equipo de fútbol rápido. Y más aún deseaba un trofeo de campeón. El dinero para la inscripción

no sería problema. Sólo tenía que esperar a que terminara el partido del América-Atlante, para pedírselo a su papá. Bueno, siempre y cuando ganaran los americanistas, porque si no, ni acercarse. Había estado planeando cuidadosamente todo. Había puesto un poco más de interés en la escuela, así que su mamá recibió con gran sorpresa dos o tres dieces en la semana; obviamente, estaba feliz y le concedería todo lo que quisiera.

El Atlante perdió 2-1 (a Dios gracias), y cuando le pidió a su papá los 600 pesos –aunque le puso cara de extrañeza y le preguntó: ¿para qué?, y, cosa más rara, se esperó a oír la respuesta–, éste estuvo feliz de darle el dinero. Su hijo jugaría en una liga, ¡quién sabe, algún día podría jugar en Coapa! Aprovechando el contento le sacó de una vez lo de los uniformes y su domingo. Le explicó que en esa liga ya había unas Águilas, así que su equipo se llamaría Leones, y su uniforme sería playera vino y short gris; con grandes números en gris.

Había que juntar a los nueve jugadores necesarios para el registro. Javier y Juan, sus primos, fueron los primeros en ser contratados; hubo

que convencerlos de levantarse los sábados en la mañana, y su tía Karla se encargó de ello. Además de que Memo les regaló su disco nuevo de Play, el *Metal Twist IV*.

Pepe, un niño hijo de la vecina del lote 36, fue el siguiente; no era un gran atleta, pero siempre que jugaban en la calle le echaba muchas ganas y era buen cuate.

Su compañera de salón Gina era vital para sus planes. ¡Cierto que era niña! Pero la liga permitía niños



y niñas hasta esa categoría (que incluía a niños de 10 a 12 años). Gina medía 1.67 m. ¡Enorme! Además, le gustaba el fútbol y no había nadie como ella para portear. En todos los partidos de la escuela se ponía. Y era difícilísimo meterle un gol. Habló con ella y la convenció, pero Gina le dijo que había un pequeño detalle. Sus papás no la dejaban ir ni a la esquina sin su hermano Osvaldo, de 10 años. Memo pensó rápido y le dijo que él también estaba invitado.



No era momento para pequeñeces, ¡Gina debía estar en el equipo!

Daniel, el gordito de la esquina, fue el próximo, estaba llenito, pero como defensa era muy duro de pasar. También le dijo a Martín, el hijo del de la tienda, aunque luego tenía que ayudarlo a su papá y no siempre podría. Incluyó también a Fer —se llamaba Fernando, era pequeñito y acababa de cumplir los

10 años—; su mamá estaba metida en eso de la leche, y creyó que sería una buena idea tenerla de su lado. ¡Su mamá se sabía todos los chismes de la colonia!

Le faltaba uno, ¿a quién meter? Se acordó de un niño desatendido que vivía a la vuelta, era hijo de doña Berta, le llamaban Pelusa, y él creía haber oído que se llamaba Alfonso, y como doña Berta se apellidaba Olivera, ya tenía el nombre para el registro. ¿La foto?,

le pegó una foto infantil de su papá, no se parecían mucho, pero, ¿quién se iba a fijar? Además, no pensaba que hubiera ni siquiera necesidad de decirle al Pelusa.

Le quedaba un pequeño asunto por resolver. Un adulto debía firmar como director técnico, ir a los partidos, las juntas, etc. Y una cosa es que su papá le dé dinero y otra muy diferente que se pare los sábados temprano. Justo en ese momento entró su hermana Clarissa, con su nuevo novio. Ella tenía 17 años, era güerita y de ojos claros, y obviamente Raúl, su novio, estaba quedando bien con la familia. Clarissa amaba a su hermanito –siempre y cuando no tocara sus cosas y no le estorbara–. Le pidió a Raúl que si podía acompañarlos, le sacó la firma, la copia de su credencial de elector, y no se molestó en explicarle todos los demás detalles, de eso se encargaría Clarissa.

Participación

Aunque parezca increíble, lo que más trabajo le costó a Memo fue lograr que todos participaran. Tenían sus registros, su uniforme, su número y hasta su nombre en cada playera (cortesía del lugar donde mandó su papá a hacer los uniformes). Era imposible que tuviera que ir Memo a recordarles en la semana a qué hora iban a jugar. ¡Que les pagara hasta el arbitraje! Eran unos tontos. No se daban cuenta de lo mucho que valía el solo hecho de poder participar en un equipo de fútbol rápido.



Memo llegó a una dolorosa conclusión. Si las cosas no cuestan, difícilmente las valoraremos. Al terminar el segundo juego, les dijo:

—Aquí está el balón, espero que alguien lo pueda traer, porque yo voy a estar ocupado toda la semana. Ojalá puedan venir. ¿Saben cuántos niños en Irak, o en donde fue el tsunami, darían cualquier cosa por poder estar en un equipo?

Fue como si estallara un cohete, todos comenzaron a preguntarle:

—¿Por qué ya no quieres venir?

—¿Es algo que hicimos?

—¡No nos puedes dejar embarcados!

Memo se rió de buena gana.

—¡Ven! Así nos sentimos los que venimos cuando a los demás no les importa participar.

Desde ese día todos trataban de estar a la hora del juego, avisar si no podían llegar, no dejar que nadie ocupara su puesto.

Todos se dieron cuenta de que es más fácil jugar si todos participan.



Respeto

Al principio Memo pensó que bastaría con jugar y no perder. Ir empata-
dos y llegar a los *shoot out* o penales. Ahí tenían clara ventaja con Gi-
na. Los primeros tres partidos ganaron fácil. Osvaldo resultó mucho
mejor jugador de lo que Memo hubiera esperado a sus 10 años,
pero resulta que el niño jugaba desde los seis en
equipos, y era muy bueno. Luego les tocó con las
Águilas, que era el equipo campeón, ahí juga-
ba Pancho, hijo del dueño de la liga, don
Chema. Y además
llevaban jugando
juntos más de
un año.



Con todo y todo, el juego estuvo muy parejo y al final Memo y su equipo perdieron 5 a 4.

¡Fue un jugazo! Todos los niños estaban felices.

El sábado siguiente les tocó con el Puebla, el peor equipo de la liga, con muchos niños pequeños y muchas niñas. Al medio tiempo iban ganando 5 a 0. Memo salió para que entrara Martín, y le pidió a Osvaldo que saliera para dejar jugar a Fer. A Osvaldo eso no le hizo mucha gracia.

—¡Podemos golearlos! Al final la diferencia de goles puede ser importante.

—Sí, Osvaldo, pero ponte en su lugar, ¿cómo te sentirías si un equipo te metiera 10 o 12 goles?, seguramente muy mal. Respetemos que son más chicos, y descansemos hoy, ¿te parece?

Todo el equipo volteó a ver al Puebla, en verdad se veía bastante mal.

—Además, cualquier día nos toca perder, debemos por eso aprender a respetar a los más débiles o a los que no juegan como nosotros.

Osvaldo iba a refunfuñar algo más, pero Gina lo jaló suavemente y le dijo algo al oído.

—Vale —dijo—. Yo saldré. Pero que quede claro que sólo por hoy, ¿eh? Al final ganaron 7 a 2, y Osvaldo estaba radiante.

—¿Qué le dijiste, Gina?

—Sólo que jugara a ser Hugo Sánchez, que dirigiera el equipo y que seguramente ganaríamos.

—¡Y ganamos!

Tolerancia

—¡Tolerancia! –gritó Memo justo antes de que el árbitro les defauleara el partido. Si un equipo no llegaba 10 minutos después del inicio del juego, perdía por default. Sólo había siete jugadores y el reglamento decía que debían estar siete y el portero. Se le llama tolerancia a pedir un plazo de cinco minutos antes de que empiece el partido. ¿Qué hacer? Tenía cinco minutos para encontrar un jugador. Enfrente de las canchas estaban las maquinitas, y como siempre Pelusa estaba jugando o vagando por ahí. Memo fue corriendo y le dijo que si quería jugar con ellos. Pelusa se le quedó viendo como a extraterrestre, y dijo:

—No tengo tenis.

—Yo te presto unos viejitos que tengo.

—No traigo short.

—Te arremangas el pants y listo.

Total que lo convenció. Además, Pelusa tenía registro. El que llevaba el cronómetro se le quedó viendo, pero pensó que la foto era mala y lo

Ese día perdieron su segundo juego en el torneo: 1–0. Fue un autogol del Pelusa, se hizo bolas con Osvaldo, que al querer despejar le rebotó la pelota, la cual acabó en el fondo de su portería. Al terminar el juego, Osvaldo estaba enojado, muy enojado.

—Él no es igual a nosotros, no debería haber jugado —decía Osvaldo entre gritos.

—Mira, Osvaldo, de todos modos hubiéramos perdido por no completarnos, le echó muchas ganas y todos somos iguales. Él corrió igual que tú, se cansó igual que tú y debes ver que aunque no sea igualito a ti o a mí, al menos estuvo aquí.

—Además —dijo Martín—, no somos ninguno igual al otro. Tú eres más pequeño (Osvaldo lo miró ceñudo), yo soy más morenito, la familia de Memo tiene un poco más de dinero, pero aquí, en la cancha, todos corremos y jugamos igual.



Oswaldo seguía refunfuñando, pero un coco y un abrazo de su hermana –a quien él admiraba muchísimo– lo acabaron de contentar. Al despedirse, le gritó al Pelusa:

—¡Ay de ti donde no vengas temprano el próximo sábado!

Pelusa estaba feliz, nunca antes había sido parte de nada.

—¡Gracias!, sobre todo por eso de que somos iguales.

—Mira, Pelusa, si pensé en ti para jugar es porque creí que te gustaría.

—Me encanta jugar, gracias de nuevo –gritó Pelusa corriendo hacia su casa.

Memo se quedó pensando. Le gustaba ver sonriendo a Pelusa. ¡Rayos!, se había llevado sus tenis.



Justicia

El Barcelona ganó 1 a 0; eso no sería importante si no le hubiera ganado a las Águilas, ellas no sabían perder, así que de inmediato se pusieron a revisar todos los registros y encontraron que uno de los jugadores del Barcelona (que estaba registrado, pero no jugó, ¡es más, ni siquiera fue!) había cumplido

13 años y un mes antes de iniciar el torneo. Así que se decidió que se revisaría su caso en la Junta de Equipos el día jueves. A Memo esto le molestó porque él sabía que varios de los jugadores



de las Águilas también estaban en ese mismo caso y nadie había dicho nada. Simplemente Bartolo, Bart como elegantemente le decían, estaba en su salón, y todos sabían que tenía más de 13. ¿Pero cómo probarlo? Esa noche, en la cena, le contó a toda su familia el caso.

Clarissa se rió de él:

—Pídele su credencial de elector. ¡Ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja!

—Muy graciosa, muy graciosa, deja de reírte y ayúdame.

—OK Memito, ¿qué quieres?

—Sería tan fácil: con una copia de su acta de nacimiento.

—Asunto arreglado —dijo Clarissa, sonrió pícaramente y se fue a su cuarto.

Esa tarde de domingo, cuando jugaban los mayores, Clarissa fue a la cancha. Se veía bellísima, minifalda, blusa pegadita. “¡Pobre Bartolo!”, pensó Memo.

Clarissa se colocó muy cerca de Bart, le sonrió una vez, el otro sonso se acercó de inmediato.

Clarissa le dijo:

—Sí Bart, si fueras mayor saldría contigo, pero eres un niño.

—Tengo casi 14 —dijo Bart—, y te lo puedo probar.

—¿De veras?, no te creo.

Bart fue corriendo a su casa por su acta de nacimiento, Clarissa rió con él, le aceptó una paleta. Y quedaron de salir otro día. Le dijo que guardaría el acta como recuerdo.

Al llegar a casa, Clarissa se reía a más no poder.

—¿Por qué tanta risa?

—Porque hubieras visto la cara que puso cuando le dije que el próximo sábado quería que me llevara al concierto de U2, que los boletos sólo costaban 500 pesos cada uno. ¡Ja-ja-ja-ja-ja!



El jueves alguien dejó caer por error el acta de Bart en la junta de la Comisión de Arbitraje. El marcador se respetó. Se sacó de todos los equipos a los jugadores de más de 13 años. Y Bartolo nunca más le habló a Clarissa.

¿Quién dice que en México no hay justicia?

Igualdad

Pelusa se dio cuenta de que el portero no era portero, sino portera, después de jugar tres partidos. Estaba como irritado y molesto.

—¡Es niña! —murmuraba.

—Sí, pero no hay nadie en la liga que juegue mejor que ella en la portería. Además, ¿de qué te preocupas?, ¿no tú mismo te viste en este caso? —le decía Memo tratando de convencerlo.

—Sí, pero las mujeres ... pues son mujeres, y no deben jugar fútbol con los hombres.

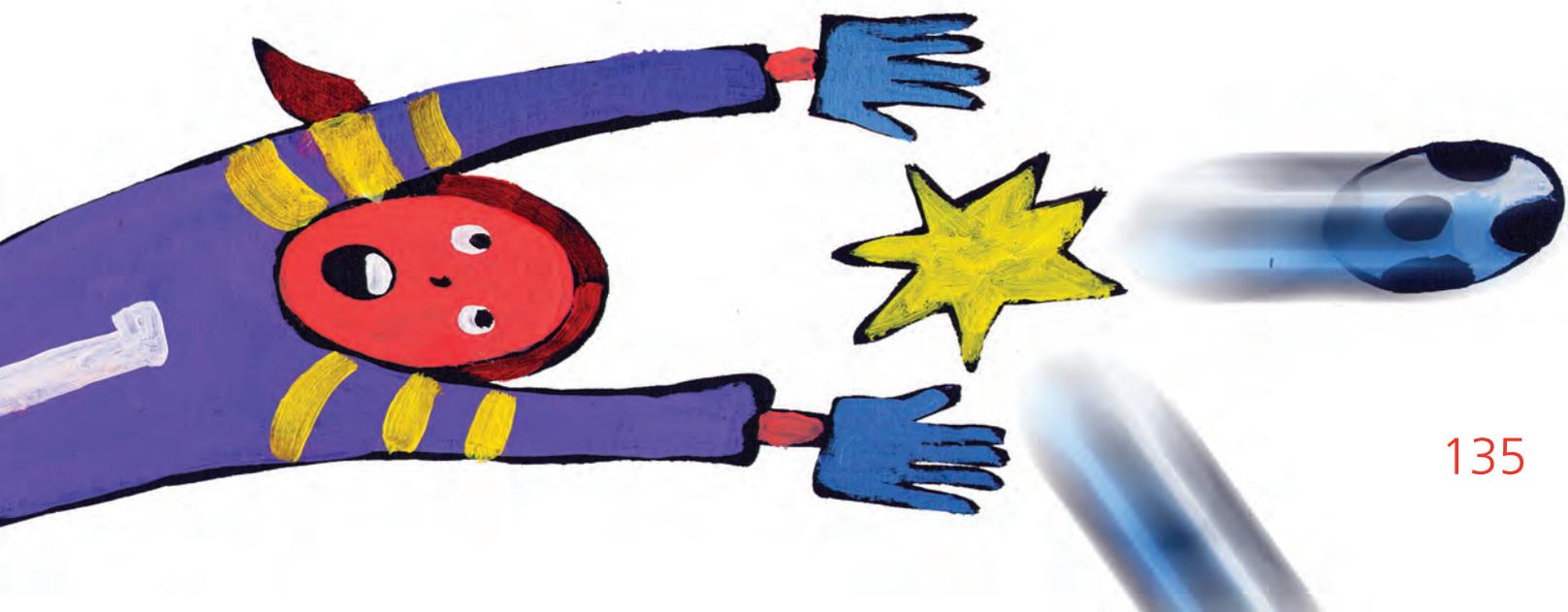
—En eso tienes razón, pero ella y nosotros aún somos niños, y además, ¿en tu casa quién lleva los pantalones?, ¿quién trabaja para que tú estudies y comas?

—Mi mamá, pero eso es diferente, las mamás no cuentan.

—Claro que cuentan, son antes que nada mujeres, y son iguales que tú y que yo, si no es que más fuertes. ¿Cuándo has visto a tu mamá quejarse al cargar algo, o al no dormir por cuidar a tus hermanitos cuando se enferman?, ¿cuándo?

—No, pues eso sí, pero que conste que yo no estoy de acuerdo —terminó diciendo Pelusa.

—En el siguiente partido Gina detuvo tres penales, y ganaron 3 a 2, para pasar a la semifinal.



Ese día Pelusa se acercó y le dio un gran abrazo a Gina.

—¡Pues iguales, iguales, no somos, pero eres a todas mmms!



Honradez

No era una semifinal exactamente, el campeón se decidía por puntos, y si ellos ganaban serían campeones. El Atlas, el equipo al que se enfrentarían, era muy bueno. Aunque iba en tercer lugar, aún podía ser campeón. Con ese partido terminaba la temporada, siempre y cuando no ganara el Atlas, porque entonces se necesitaría un desempate.

El juego estuvo reñidísimo, Memo y sus muchachos se pusieron adelante dos veces, y dos veces les empataron los del Atlas. Ya casi se sentían los penales. Todos sabían que ahí, Gina era la que mandaba.

Estaban ya en tiempo de compensación cuando un tiro muy fuerte pegó en el poste, rebotó en varios jugadores y lentamente rodando cruzó la raya de la portería de Gina. Osvaldo se apresuró a sacar la pelota muy lejos.

Todo el Atlas protestó, pero el árbitro estaba en muy mal ángulo y no acertaba a marcar nada.

Gina y Memo se miraron a los ojos. Osvaldo se dio cuenta e iba a decir algo. Gina se adelantó y le dijo al árbitro:

—Sí fue gol, la pelota cruzó la raya.



Sus rivales estallaron en gritos de alegría. Y todos los Leones se miraron tristemente.

Gina les habló suavemente:

—Miren chicos, si hubiéramos ganado así, no nos habría sabido el campeonato, ¿qué chiste tiene ser campeones si todos vimos esa pelota dentro de la portería?

—Es cierto —dijo Osvaldo—, así no sabe.

Osvaldo quería ser campeón, pero amaba más a su hermana.



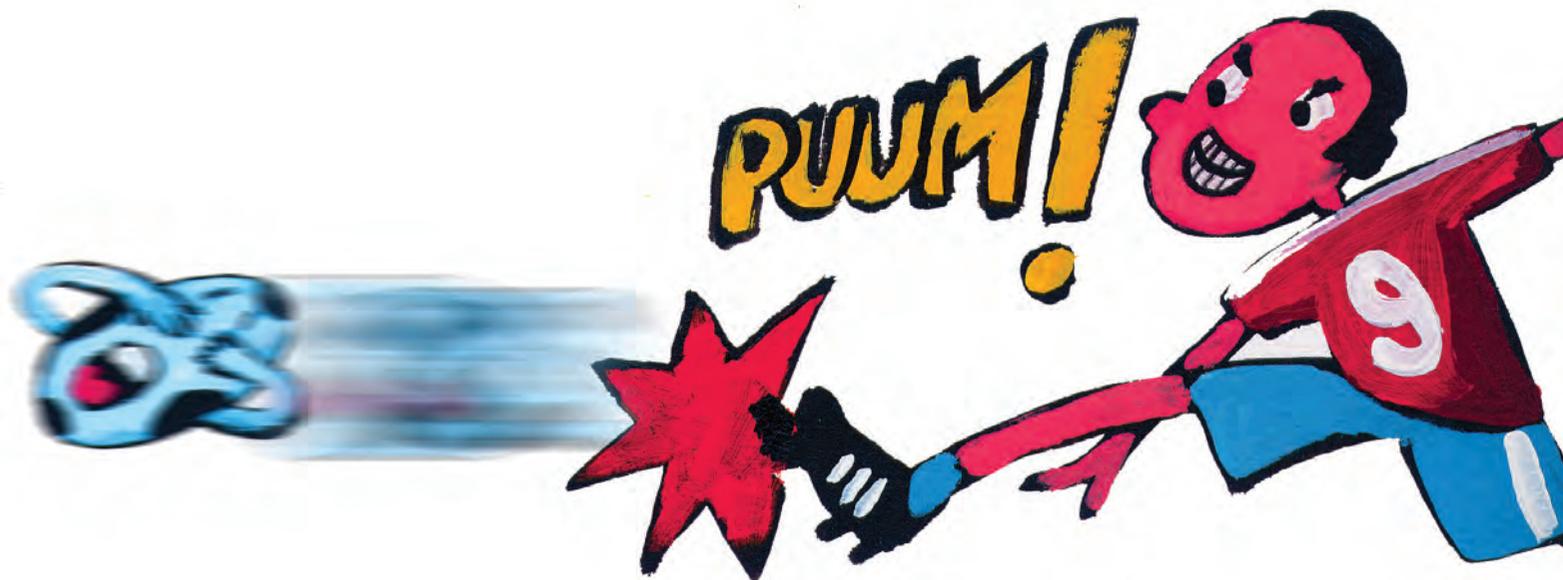
La gran final

Después del resultado ante el Atlas, la cosa estaba así: para ser campeones debían ganar este partido, las Águilas serían campeones si ganaban por más de dos goles, y el Atlas, que ya había ganado, sería campeón si los Leones perdían por uno o dos goles de diferencia, o si empataban.

“¡Está fácil!”, pensaba Memo; estaba preocupado, pero al mismo tiempo muy contento por haber llegado hasta aquí.

El partido fue duro desde el principio, los rivales entraban muy fuertes, pero Memo no se dejaba asustar, Juan y Javier estaban impasables en la defensa. Osvaldo metió un golazo al terminar el primer cuarto. Las Águilas empataron cuando faltaban unos segundos para llegar a la mitad del partido.

En el tercer cuarto las cosas estuvieron igual, Pelusa se escapó y con una finta engañó al portero para volver a poner en ventaja a los Leones. Al iniciar el último cuarto, Pancho, el mejor jugador de las Águilas –el hijo de Don Chema (dueño del campo)–, le hizo



una entrada feísima a Osvaldo, lastimándolo y obligándolo a salir. Gina se quería comer a Pancho, que sólo sonreía; el árbitro se limitó a sacarle una tarjeta amarilla y advertirle que la siguiente lo expulsaba. Rápidamente, y con la ventaja de estar Osvaldo afuera, se empató el partido: 2-2. Los Leones sufrieron para mantener el marcador y el juego terminó angustiosamente en un empate. Esto hacía innecesarios los penales, porque el Atlas era el campeón.

Todos se reunieron alrededor de Osvaldo, que estaba muy contento a pesar de no haber ganado.

—¿Y tú, de qué te ríes? —le preguntó Martín.

—Que es nuestro primer torneo, y quedamos subcampeones, y hoy las Águilas no nos pudieron ganar ni con el árbitro, ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja. ¡Ay, me duele cuando me río!

—¡Vamos a la casa por unas pizzas! —anunció el papá de Memo.

Memo estaba feliz también. Gina se le acercó y le preguntó:

—¿No estás triste por no tener tu trofeo de campeón?

—Cuando empezó el torneo yo quería el trofeo de campeón; creía que todo lo que nos enseñan en la escuela, la amistad, los valores, el deporte, eran palabras. Hoy descubrí que todo esto es importante por lo felices que somos al seguir esas reglas. Al valorarnos y respetarnos. Me da gusto saber que en México somos libres para perder y

ganar, que gracias a esa libertad vivimos felices.

—¿Sabes cómo se llama esa libertad?, preguntó Pelusa.

Memo se quedó pensando, pero su hermana Clarissa vino en su rescate:

—Se llama: democracia...



El pequeño demócrata, Imaginación en peligro, Cara de payaso, El día del partido y El trofeo terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280 México, D.F., en noviembre de 2005. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, técnica especializada "A". El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Goudy y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal.